



Para descargar números anteriores de Qubit, visitar

<http://www.esquina13.co.nr/>

Para subscribirte a la revista, escribir a

gubit@centro-onelio.cult.cu



1. **Cyberpunk. El movimiento en México.** José Luis Ramírez
2. **Imágenes Rotas Sueños de Herrumbre.** Gerardo Horacio Porcayo.
3. **Análogos y thierbigs.** José Luis Zárate Herrera
4. **Soralia.** Juan Hernández.
5. **Discurso sobre un nuevo método para el estudio de la ciencia ficción Latinoamericana.** Miguel Ángel Fernández
6. **Radio Tecnika Cantina.** Gerardo Sifuentes.
7. **Neurofeedback.** Mauricio Absalón
8. **Tlallin (Susan on the West Coast waiting).** Gabriel Trujillo.
9. **Historia del cine cyberpunk.** Capítulo 23. Eve of destruction. Cybernator.

Ciberpunk: El Movimiento en México

Por: José Luís Ramírez.



Los noventa no van a pertenecer al ciberpunk.
Nosotros vamos a estar ahí trabajando,
pero no somos el movimiento,
ya no somos ni siquiera nosotros.
Los noventa van a pertenecer a la generación que
está llegando,
aquellos que crecieron en los ochenta.
Bruce Sterling.

El primer cuento publicado en México, de corte ciberpunk, es *La red*, de Isidro Ávila, publicado en 1991 en *Más allá de lo imaginado I*. Luego, desde 1992, *La langosta* se ha posado -fanzine virtual que crean en la ciudad de Puebla, entre Gerardo Horacio Porcayo y José Luis Zárate-, publica información relativa al ciberpunk y cuentos y artículos relativos al género, incluyendo traducciones de autores estadounidenses. 1993 es el año en que se empieza a ver mucho más material al respecto, principalmente gracias a Gerardo H. Porcayo, que publica un ensayo en *Umbrales 4*, titulado: *Cyberpunk, ciencia ficción y thriller*. Ese mismo año, el Fondo Editorial Tierra Adentro publica, del mismo, *La primera calle de la soledad*. La primera, y hasta ahora única, novela publicada netamente ciberpunk, que cuenta con excelentes críticas entre los conocedores del género y aún entre aquellos que no lo son tanto.

En 1994, *Umbrales* publicó su especial *Cyberpunk: Umbrales 10*, en el que aparecen nueve cuentos escritos originalmente en español por autores mexicanos, entre los que se encuentra *Imágenes rotas*, sueños de herrumbre, también de Gerardo H. Porcayo, cuento ganador del Premio Puebla en 1993 y el primer cuento ciberpunk que se hizo acreedor a uno de estos premios.

Debe destacarse que el giro hacia el ciberpunk, dado por la c.f. mexicana en los noventa -vertiente que los Estados Unidos habían explotado comercialmente desde la publicación de *Neuromancer* (William Gibson, 1984)-, tenía ya sus germinales en el cuento *Sueño eléctrico* del mismo Gerardo Porcayo, cuento que fue acreedor de una mención honorífica en el primer Premio Puebla de ciencia ficción (1984). Otras aproximaciones son: *Análogos y therbligs* de José Luis Zárate (1986), y *Dura lex, sed lex* de Federico Shaffler (1993).

Con todo, no se habla de un movimiento como tal sino hasta 1995.

En este año Juan Hernández Luna gana el Premio Puebla con un cuento mezcla de ciberpunk y vampiros. Y algunos meses antes Gerardo Sifuentes y José Luis Ramírez crean, en la ciudad de Puebla, el fanzine *fractal*. Un fanzine que pretendió, desde sus inicios, especializarse en el género. Por ese entonces varios escritores contaban la ciencia ficción desde una perspectiva que (debido a que no eran fáciles de encontrar las obras de Gibson, Sterling y otros, y no estaban, por lo tanto, muy difundidas), parecían propuestas sin

abordar. Es el caso de Rodrigo Pardo -que obtiene el Premio Puebla en 1996, con un híbrido cyberpunk/hombres lobo-, quien asegura que él ya escribía cyberpunk antes de conocer el trabajo de Gibson. Eso nos pasó a muchos. Aunque pienso que no se trataba de que ya escribiéramos cyberpunk, de hecho, supongo que sucedió lo siguiente: nosotros abordamos el presente del México de los noventa -crisis económica, globalización, revolución, violencia urbana, narcotráfico, internet, apertura comercial, la estúpida creencia de que habíamos dejado el tercer mundo y estábamos a punto de pertenecer al primero- y ese presente, es el mismo que los escritores etiquetados cyberpunk en los Estados Unidos, vivieron diez años antes. A falta de una etiqueta mejor, también en México se denominó a la nueva corriente: cyberpunk.

Y aquí debo hacer una cita de Bruce Sterling:

...se muestran escritores distinguidos en esta década. Sus referencias a la cultura de los ochenta los ha marcado como un grupo -un movimiento nuevo en la ciencia ficción. Este movimiento fue rápidamente reconocido y denominado con varias etiquetas: ciencia ficción radical, los cuatros tecnológicos, la ola de los ochenta, los neurománticos, el grupo de las gafas cromadas. Pero de todas las etiquetas puestas a lo largo de los ochenta, solo una se ha mantenido: cyberpunk.

Esta referencia, sacada del prefacio de *Mirrorshades*, nos deja saber que el término cyberpunk fue en Estados Unidos en los ochenta, lo mismo que es en México en los noventa, una etiqueta para designar a un movimiento, uno conformado por los escritores más distinguidos de la década.

Y esto es a lo que quería llegar.

No sorprende que la mayoría de estos escritores sean los más jóvenes -los que crecieron delante de la televisión por cable y los juegos de video, la generación que enfrentó el dilema de trabajar detrás de una computadora personal y una máquina de fax.

El movimiento, comenzado por Isidro Ávila, Gerardo H. Porcayo y José Luis Zárate entre finales de los ochenta y principios de los noventa, se conformó como tal, por el número de autores que la ciencia ficción mexicana sumó al género: Juan Hernández Luna, Carlos Alberto Limón, Gerardo Sifuentes, José Luis Ramírez, Caín Kuri, Rodrigo Pardo, Jorge Chípuli, Bernardo Fernández y Pepe Rojo.

Todos ellos han sido premios y menciones en los concursos más importantes de la ciencia ficción mexicana, Gerardo H. Porcayo tiene el Puebla y el kalpa (entre otros), José Luis Zárate lo mismo, Juan Hernández Luna fue Premio Puebla en 1995, Gerardo Sifuentes mención en el Puebla en 1994, José Luis Ramírez fue segundo lugar en el kalpa en 1997 y ganador del Puebla en 1998, Rodrigo Pardo es Premio Puebla 1996, Bernardo Fernández es tercer lugar en el Kalpa 1997 y premio virtual La langosta se ha posado en '97, Jorge Chípuli es premio virtual La langosta se ha posado en '96 y Pepe Rojo es premio Kalpa 1996. Todos ellos ganaron con cuentos de corte cyberpunk (1)

Debo agregar, que estos autores son, actualmente, los más publicados. La valía de su trabajo se enfrenta día con día a la crítica de los lectores y no a la auto complacencia. Además, muchos de ellos han abierto espacios para la ciencia ficción: fractal, Sub, Azoth; la colección Terra virtual de Ramón Llaca y Cía. y la recién abierta por Times Editores.

También cabe destacar que un factor importante han sido las publicaciones dedicadas exclusivamente al cyberpunk, o que lo han incluido entre el material que publican normalmente. La langosta se ha posado, no quitó el dedo del renglón, y siguió publicando cuentos y artículos -cada vez más de autores mexicanos-, cyber; y fractal/fractal'zine -que ahora sobrevive, igual que La langosta, en la red- que fue el único fanzine especializado en el género y revistas como Asimov y Umbrales, entre otras.

Paralelamente a estas revistas y fanzines, salieron dos publicaciones importantes, en el año de 1997. La primera, cyberpunk incluso por ser totalmente underground, fue la editada en un cross-over entre fractal'zine y La langosta se ha posado, los Cuentos Compactos, Cyberpunk (el primer volumen de lo que es una colección anual que cuenta ya con tres ejemplares). Esta publicación fue completamente fanzinera, se realizó en casa, y el cortísimo tiraje fue realizado gracias a la fotocopidora, el formato es de doce por doce centímetros, como el de los booklets que acompañan a los cd's de música, de ahí el nombre de cuentos compactos. A pesar de lo subterráneo de la edición, los cuentos compactos han llegado incluso a España.

La otra publicación es el libro Silicio en la memoria. Esta es una antología recopilada por Gerardo Horacio Porcayo, editada por Ramón Llaca y Cía., fue la punta de lanza de la colección Terra Virtual. Este volumen, el primer libro de cuentos exclusivamente cyberpunk, reúne a los once autores más representativos del género y, añadiría, que a algunos de los autores más importantes de la ciencia ficción actualmente en el país.

De esta manera, podemos retomar la cita de Sterling y ajustarla al movimiento que existe en México -estos escritores se caracterizan por una extrapolación a muy corto plazo y sus referencias a la cultura de los noventa. Razones que los enmarcaron de inmediato como grupo dentro de la ciencia ficción-un movimiento, que a falta de una etiqueta mejor, se denominó: cyberpunk.

Notas al pie.

1. Excepto José Luis Zárate que ganó ambos premios con El viajero y Gerardo H. Porcayo que ganó el kalpa con Los motivos de medusa.

Imágenes Rotas Sueños de Herrumbre

Por: Gerardo Horacio Porcayo.



Para un par de Williams:
Burroughs y Gibson.

-Era la diamantina de los tiempos. El sinsabor, los roces apenas percibidos en cardúmenes de humanos moviéndose entre neones, láseres y comida sintética. Una mierda, te lo juro. Mejor que la de hoy. Y mía, en todos los sentidos. Ciudad Guadalupe era la vía de acceso. Encontrabas de todo en los barrios podridos que nacen al pie del cerro de la silla, entre solares de autos robados y contrabando de bromocriptine, l-dopa, nootropil, diapid, arcalion, vinpocetine, sin dejar atrás la vieja heroína y las nuevas cajas de placer. Te volvías loco, de veras. Había de todo, porque Monterrey lo consumía todo. En esos tiempos los tiras podían olerte, mirarte a los ojos mientras agarrabas un viaje de coca ficticio, con los cables de la caja bien atados a tu cerebro. Y subías, realmente subías, sin que la tira jugara a matar.

El retro me mira con pesadez, casi con ostentación. Sopesa mejor sus sueños de electrones, sus quimeras informáticas; demencia cronometrada y casi siempre rebooteable. Se han vuelto parte de la computadora, como viles ratas de laberinto, adictas a los choques eléctricos, al veneno mismo. Como ella...

-Había huido de Laredo, traía tras de mí cuatro sabuesos de la DEA, tres vendedores con Glock bajo el sobaco y sniftadores inundando sus bolsillos. Buscaba un poco de aire fresco, monedas y material para seguir subsistiendo.

-Te pasas, viejo, siempre fue igual. La misma mierda de siempre, sólo que ahora hay Sueño Eléctrico -dice y se larga del bar, tirando unos cuantos dólares podridos. Sé de que pie cojean. Lo negro no se separa de nuestra esencia. Es el estigma de quienes aborrecemos el mundo tal cual es.

Ahora cazan programas adictivos, laberínticos sueños de crimen y sexo prohibido, blasfemias reiterativas en un planeta en que día a día rige más un Dios cibernético, desde su cielo de silicio más allá de las estrellas. Se pierden en locales que apestan a semen, fluidos vaginales, a media luz, como en atardeceres desgarrados. Al mundo no le quedan rastros de virginidad, es una puta decrepita que circula, tristemente, al extremo de la vía láctea, sin encontrar cliente.

-Dame otro triple -le digo al barman y me mira con hastío. Conoce mi negocio: nulo, la espera, una cacería de consumidores que odian las historias, la cerveza y también su vida.

-Van a acabar por partirme el hocico -me advierte y la conmiseración se le sale por los ojos, le brota como pus añeja.

-¿Te conté de Cora?

El hijo de puta, me hace a un lado, se pierde entre la barra despostillada, los vómitos de marinos y obreros y busca el abrazo cálido de la tele, ahí donde no tiene que pensar. ¿Por qué ya no quedan? Sería más aceptable la antigua paranoia, las amenazas que te envuelven y te hacen abandonar Austin, Florida, el mismo Houston en trenes bala y autostop, pasando por los sangrados campos de Illinois o atravesando desiertos pedregosos más acá de TJ, con traficas de ojos saltones y manos sudorosas o agentes grasientos y nerviosos pisándote los talones.

Exploro el bar, buscando a mi contacto, otro escucha; quizá hasta un gato roñoso con la cola rota en cuatro, trepado en el marco de una pintura fractal o tesseracta.

El retro vuelve a entrar en esos momentos. Y trae su carga. Una tipeja con los ojos bañados en tinta de aerógrafo, como un maldito mapache y cuatro bestias peludas que apestan a benzedrina y cables sobrecalentados. Los rizos de sus pelos son naturales; se chamuscan solos, allí arriba del cráneo, cerca de los soquets.

-Largate -me advierte-. No queremos moscas alrededor.

-Incluso conozco mejor que tú tu negocio. Me sé la historia -uno de los peludos se para frente a mí, carga una manopla Táser y sus labios están repletos de afiches postholocaustic.

-Vete a pasear, rucu. Me partiría el alma romperte la madre.

-Hasta tenía una banda como la suya -insisto. La vergüenza se aleja de mí, asqueada.

-Déjalo que hable, a lo mejor así terminas tú -le dice la mapache al retro, con una risita que suena a marmita picada.

-Apesta.

-Cuando llegué a Monterrey, sólo los Juniors le entraban al Sueño Eléctrico. Así, prendiditos y todo, con pantalones de 800 dólares y gabardinas inglesas que olían como el mismísimo Támesis.

-A este le botaron los tornillos a punta de chingadazos -asegura otro de los peludos.

-Conocí al Loquillo. Un bato de lapbody perpetuo y copete rojizo cubriendo su conector. Y él realmente se atascaba, no despreciaba una mierda que fuera alucinógena y apareciera en algún punto de la tierra -la mapache me mira con los ojos desenchajados, cada uno para lugares distintos. Mapache bisco de olfato atrofiado.

-Ese era hacker y cableta. No químico -argumenta el retro. Ahora es la gran diferencia, el status no se adquiere más con sustancias neuroactivadoras, sino con tecnología, electricidad y conductores metidos hasta el fondo de tu cerebro. Saben de que les hablo y al menos la mapache arde en deseos de oír.

-80 verdes a que no sabes una chingada -amenaza uno de los peludos.

-Jugaba con la caja negra, al placer cerebral. La coca la movían cortada y a precios que te impedían una mediana adicción, así que tenías que sustituirla con descargas mínimas a los conductos propios y subías, subías realmente. Charly 29 la movía bien. Tenía un Lincoln descapotable, tarjeta internacional sin límite de crédito, a Roger, Isidro y Cora. Y buenos trepanadores, no como los de ahora que piensan que los medibots son lo mejor en cirugía de cerebro.

-A mí se me hace que tu implante hace un resto que valió madre, por eso tienes los sesos oxidados -asegura el retro-. Empezamos a los quince y cenamos software caliente todos los días.

-Charly nos consiguió la primera red. Entonces el Sueño Eléctrico era un complemento; lo mejor eran las calles, la adrenalina corriendo cuando a la tira la presionaban para mantener las apariencias o la PGR tenía que justificar su presupuesto. Cuando preparabas cócteles sin saber a que puerta te iban a arrojar...

-¿Y qué pasó con Loquillo? -aventura la mapache.

-Esa es historia tardía. Hasta ustedes la oyeron. Lo cazaron en la última gran revuelta contra el Dios-silicio -uno de los peludos me mira con los dientes apretados y la mano hundida en su chaleco de spandex-. Era de los míos y sabía que la buena época se moría con la aurora boreal del Cristorreccionismo. Y en parte luchaba también por Cora. Ella fue la primera en probar el Sueño de la Gaviota, en bautizarlo así.

-Eso es anticuado, viejo -gruñe el retro-. Ya nadie se fleta con las gaviotas. Ahora los fantasmas te tasajean si no estás a su altura, te sacan las tripas con motosierra en parajes de arboles construidos con defensas de autos, mares de polietileno reseco, montañas de basura plástica y ardillas llenas de chips y servomotores. O te pesca Dios en un recoveco y te refunde en infiernos de vísceras caníbales y pesadillas de dientes romos pero presurosos. Ahora hundirte en la computadora es como correr por tus calles con los sabuesos tras de ti y la paranoia de ser atrapado con material caliente. Ahora desafías a Dios en cada toque, en cada alucinación. A ti nunca te persiguió Dios.

-Yo lo vi por primera vez con Cora. Habíamos corrido a través de fiestas universitarias con el ecstasys hasta la cumbre, recorriendo tu espina dorsal como una corriente

galvánica, poniéndote el rabo tan tieso que creías poder inaugurar algún resquicio sexual. Y Charly 29 nos había conseguido la Red. Nos trepamos luego del bajón. No había más droga. El presidente visitaba la ciudad y la limpia había sido exhaustiva. Estábamos colgados. Tú sabes, la abstinencia es mortal. Así que nos metimos a la red. Los dos en un deck. Ya realizábamos orgías para entonces, los cinco juntos. Ese día sólo fuimos ella y yo. Y fue diferente. Sentimos la halitosis nauseabunda de Dios sobre nuestros hombros, su rostro se pintaba en fugaces graffitis en el asfalto y las paredes descarapeladas, la tristeza se nos pegó como plomo a las costillas. Apenas podíamos respirar. Su cuerpo parecía resquebrajarse, se me hundían los dedos en sus carnes como en barro seco. Abandonamos y ella me dijo que quería viajar en barco; tomamos un trasatlántico a la puerta del hotel, con chimeneas que desprendían vapores atómicos y cocteles de MDA, exodiprina, deprenyl, hydergine y deaner. Viajábamos al aire libre y el mar era más puro de lo que ahora son capaces de reproducir las máquinas nanotecnológicas. Las gaviotas nos orbitaban como satélites psicóticos. Tenían hambre. Cora quiso quitarles el ayuno con el pensamiento, luego intentó con sushi. Un sushi milagrosamente multiplicado para mil gaviotas que mantenían un vuelo errático al impulso del viento y chillaban cada vez que un trozo de pescado ascendía a su hábitat. Míralas, me dijo ella, son como los ángeles de la soledad, como la montaña que se mueve a través de valles y océanos, son como la fe y la felicidad. Y tenía razón. Volvimos ocho veces al mismo sueño, después fue sola y no regresó.

-¿Y Loquillo a qué juega en esto?

-La conoció después, cuando trataba de robar información a Laboratorios Mariano. Era material calentísimo. Cora se le metió hasta la médula de los huesos. Ya era un fantasma y seguía siendo especial, podía transferirte su belleza como si de archivos virales se tratara. Cuando pescaron al Loquillo la carnada era ella. No pudo negarse, nadie podía.

-Yo la conozco -dice el peludo de la manopla-. Me visitó en un cruce de exodiprina y un programa de red pirata. Y pude librarme. No es para tanto. Hoy en día cualquier software negro tiene mejores divas. Son vampiresas que te chupan hasta dejarte seco. Primero te roban los recuerdos, luego los ánimos sexuales y hasta las ganas de vivir.

-Esas nunca las han tenido -digo. Sé de que hablo, soy uno de sus pioneros.

La mapache ya no ríe. Sus ojos se han vuelto más oscuros y desorientados, son pozos de negrura, no destella vida en ellos. Va en descenso vertiginoso, cumbre abajo. Necesita cables...

-A Dios lo desafías nada más con vivir -asegura el retro-. El temor siempre ha estado presente, pero en el Sueño Eléctrico es palpable. La tortura viene por paquetes, como huracanes rabiosos; se ciernen sobre tí libélulas demoniacas, tu mismo estomago gruñe, tratando de abrirse paso al exterior y abandonarte a mitad de un callejón inexistente; los laberintos son sórdidos, más que los reales. Una vez encontré una pordiosera, sus ojos nunca habían conocido la luz, estaban marchitos, hundidos en las órbitas, cubiertos por un tejido membranoso semejante al de los reptiles, su mano izquierda era pequeñita, pero le crecían prótesis malsanas que supuraban esperma y cláusulas morales, su gordura era tan fenomenal que se mantenía erguida gracias a un sin fin de pequeñas muletas ancladas a su carrito. Y los cables brotaban de su cráneo,

zumbaban imitando la cantaleta de auxilio, con su mano derecha esgrimía una vasija llena de embriones. Era la virgen. Te lo digo, te lo aseguro. Me persiguió a través de pantanos, cementerios de computadoras, bulldozers despanzurrados y cohetes borrachos que se precipitaban en llamas, desde el cielo, como ángeles desterrados. Y no puedes escapar, te persigue hasta cuando sales. Por las noches, a veces aún la sueño. Las calles son más seguras, la Brigada Antipecados es torpe pese a su soporte tech, a sus armas; los pierdes en cauces de ríos muertos, en alcantarillas secas o a través del metro. Y si lo haces bien nunca te descubren. Pero una vez que Dios te ha echado el ojo, siempre aparece, aún en las grabaciones más recientes, en programas estructurados en Tailandia, con graffitis ideogramáticos y zonas de tolerancia a la antigua. Su aliento es peor de lo que cuentas. Es como si nunca antes hubieras olfateado nada; todo queda opacado y el mero recuerdo de su hálito incluye alucinaciones a ojos abiertos. El cielo se cimbra y gotea como glicerina corrompida, bañándote, atascando tus huidas, nublando cualquier posibilidad de horizonte, cualquier chispa de esperanza... No sabes de lo que hablas -dice y hunde la vista en el interior del vaso. Sus manos tiemblan, frenéticas; quisieran salir aullando, alejarse de ese cuerpo.

Miro alrededor. El ángel ha pasado, soltando su peste. La mapache manipula la caja negra y sus ojos ya son nidos de murciélagos cósmicos que gritan blasfemias y maldiciones devastadoras. Los peludos se cobijan unos contra otros. Viven ya el síndrome de realidades, no saben donde están parados. El de la manopla parece crearme un ángel exterminador, me observa detenidamente, con una concentración mántrica: de seguro ve mi rostro carcomido por la estática y deforma mi silueta a base de pixeles que no están allí.

-Por eso digo que mis tiempos eran mejores -concluyo-. Allí no había nada aplastante, excepto el cuelgue, los temblores de la carencia, las vísceras gritando su hambre química.

El barman pastorea a las moscas. Lo siguen como si hubiera proferido un hechizo de sujeción, lo miran en sus malabares de copas y licores adulterados, en su reflejo perpetuamente tatuado en los espejos. Es múltiple como las moscas y está harto de nosotros. Me hace una seña, con resignación. Ya la ha hecho antes y no espera que responda al estímulo. Sigo la dirección. Tres Voces espera, atalayado en una mesa del fondo. El corsario blanco, se está incorporando en esos momentos.

Abandono al grupo sin decir palabra. Los vellos se me han erizado como antenas de cucaracha, se inclinan hacia adelante, urgiendo mi encuentro.

-No es bueno parlotear tanto -dice Tres Voces, maniobrando con su sombrero de fieltro, conduciendo sus movimientos a través de él-. Nunca olvidan, ni siquiera lo viejo.

-Tenía que hacer algo -miento. Sé que no le importa, sólo realiza su trabajo. Los protocolos son estrictos y han de ser respetados. Alargo la mano, en ella viaja un verde. Uno de los grandes. Lo toma, dilatando el contacto. Y sus ojos dicen cosas abismales, terribles en su verdad.

-El resto mañana, en la macroplaza -promete, entregándome el diminuto cilindro plástico. Giro, sin decir palabra, sin querer abandonar el bar.

Uno de los peludos me da la mano. Percibo el billete, su textura raquílica, desastrosa; hojas podridas, excrecencias casi inútiles.

-Son los 80. Te los ganaste viejo. Yo sabía que al Loquillo no lo habían podido joder en la realidad. Sabía que no podía haber caído cuando pusieron la bomba en el establecimiento. Su muerte le pertenecía a la red.

Ya no hay más palabras, compartimos alcohol y soledad. Angustia que se acumula como ácido en el interior. Somos globos que poco a poco se inflan. Algún día reventaremos.

-Creo que ahora te entiendo -dice el retro, jalando a la mapache que nuevamente circula en la frecuencia de lo virtual.

Los veo perderse a través del espejo, de la penumbra interior, de la negrura externa. Y el silencio flota largo rato, como coágulos en gravedad cero. Llena el ambiente y refuerza mi paranoia.

-Van a acabar por partirte el hocico -dice el barman, recogiendo los dólares. Sus ojos están acuosos y opacos, tristes.

-Lo sé -respondo, abandonando la barra, dejando atrás el cobijo.

La ciudad se expande ante mí, un organismo hipertrofiado y agonizante. Los edificios se recortan contra la noche sangrienta como picas en un campo de batalla. Multitudes de antenas parabólicas, inclinan sus oídos buscando sintonizar la voz de Dios. Y el gusano del miedo empieza a corroer mis entrañas. Las catedrales son como ojos desorbitados y ciegos en la tiniebla infernal, se suceden cuadra a cuadra; como perros, vagabundos y alguno que otro yonqui de entrañas moviéndose al ritmo de la peristalsis, olvidando ignominias, aburrimiento, aprensión...

Ellos fueron aún mejores que yo. No temen. No a Dios, ni a la Brigada Antipecados. La pasma no existe más...

Camino y a cada paso añoro las viejas costumbres, la sirena gimiendo tu probable captura, agentes corruptos tan llenos de necesidades como uno mismo, mordiéndote los talones. La mierda ha cambiado. Las paranoias también. Ahora, como otras noches, presiento androides, tras de mí, enojados, sedientos de justicia, de una venganza largamente pospuesta, sangrando mientras se libran de clavos y cruz y siguen mis huellas, bañándolas con su crúor sintético. La corona de espinas como vector del recuerdo.

Y temo. Y engullo los comprimidos. La persecución podría no tener fin.

El hambre, al menos, no reconoce ninguno.

Gerardo Horacio Porcayo Villalobos (Cuernavaca, Morelos, México, 10 de mayo de 1966), es uno de los escritores más renombrados de la década de los años 1990 en México dentro de los círculos literarios que abarcan varias formas de literatura fantástica y ciencia ficción. A Gerardo Horacio Porcayo se le considera el escritor que introdujo el subgénero ciberpunk de la ciencia ficción a la literatura iberoamericana, con su obra cumbre *La primera calle de la soledad*, y el subgénero neogótico a la literatura mexicana.

Dentro de su amplia trayectoria, ha trabajado por difundir en México la ciencia ficción. Además ha colaborado en múltiples ocasiones en conferencias y como articulista, así como con trabajos literarios para la revista argentina de ciencia ficción Axxón.

OBRAS

Novela

- *La primera calle de la soledad*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1993.
- *Ciudad espejo, ciudad niebla*. 1997.
- *Las sentencias de la oscuridad* (novela por entregas). 1997.
- *Sombras sin tiempo*. 1999.
- *Dolorosa*. 1999.
- *El cuadro, el cubo y siete pesos*. Universidad Autónoma de Puebla.

Cuento

- *El nido del viento*. 1991.
- *Los motivos de Medusa*. 1991.
- *El territorio de las sombras*. 1992.
- *Sobre la pata del Centauro*. 1992.
- *Imágenes rotas, sueños de herrumbre*. 1993.
- *Nada nuevo que contar*. 1993.
- *Una misión más*. 1994.
- *Paz y rutina*. 1996.
- *El caos ambiguo del lugar*. 1996.
- *En defensa de la urdimbre*. 1996.
- *Las sentencias de la oscuridad*. Goliardos. 2002.
- *Aquí y en el más allá*. 2005.

Recopilaciones de cuentos

- *Silicio en la memoria*. Ramón Llaca y Cía. 1997.
- *El hombre de las dos puertas*. Lectorum. Colección 'Marea alta'. 2002.
- *Los mapas del caos*. UAT Ramón Llaca y Cía. 1997.

Análogos y thierbiggs

José Luis Zárate Herrera



"Los estaba engañando".

En apariencia, José 099 era igual a los otros mil trabajadores de la Fábrica de Aldehídos Aromáticos. Delgado, con ojos grandes, manos nudosas, menudo. Todo ello sintomático de su alimentación basada en Nutrientes Biogenerables. Reciclaje. Lo más económico. Los movimientos de José se acoplaban a los de sus compañeros, estiraba una mano hacia una palanca mientras mil manos se alzaban al mismo tiempo. Daba un paso y los otros mil también. Una imagen de movimiento

que era infinidad de imágenes iguales, pero había una diferencia.

"Los estaba engañando."

Hora de comer. Mil pipetas salieron de las máquinas para incrustarse con precisión en las carótidas de cada uno de los trabajadores. Múltiples y los mismos, los obreros conectaron el botón izquierdo. La comida fluyó, líquida e incolora. Chasquidos al unísono al conectarse el swich 6.

La música subliminal de Satisfacción Física. Los excrementos son recogidos en una bolsa transparente que deberá ser entregada antes de salir de la Fábrica. La una. Las dos. Falta poco. Las tres. Las cuatro. Las pipetas se retiran a sus lugares, susurrando. Pasa el supervisor, como una sombra. Las cinco. Hora de descansar. Fin de jornada. José 099 trata de convertir sus ojos en cristales opacos. Como los demás arrastra los pies lentamente y se une al coro de balbuceos mientras siente la humedad de su saliva recorrerle el mentón. No importa. No mientras pueda seguir engañándolos. Todos usan zapatos de metal y plástico, pantalones impermeables, camisetas sin mangas, un casco analógico. Chapotea en las calles anegadas de lluvia mientras se dirige al atestado metro. No sonrío. No es feliz. Los otros sí. Él está consciente de no estarlo y ello lo pone de un estupendo humor y a su pesar sonrío, feliz. Pero no por el casco. No por eso.

"Los estaba engañando."

Sí, tan fácil. Una falla insignificante. Una chispa repentina que hizo que perdiera la sincronización. Él, como un hombre con una vida feliz, desapareció. En cambio se halló frente a una máquina y una rutina de movimientos tan conocida que podía realizarla inconscientemente, tardó unos segundos en comprender: su casco analógico había dejado de funcionar. Una falla, una chispa y ahora era diferente a sus compañeros de trabajo que seguían soñando. Se preguntó qué. No lo mismo que él, o no de igual manera. Si bien todos ellos continuaban con su expresión ausente era imposible que todos tuvieran la misma ilusión. Si se esforzaba un poco, José

recordaba hechos únicos e importantes los cuales, en cierta forma, dictaron sus sueños y fantasías: su infancia en el Bloque Educativo y, sobre todo, su adolescencia fugaz rota por su ingreso en la Fábrica y su primer casco analógico. Apenas se lo puso y fue conectado dejó de ser el José 099 que era, la máquina intervenía los impulsos eléctricos de su cerebro provocando alucinaciones, haciéndole vivir una vida diferente a la real, onírica, analógica, con todo aquello que, según él, era indispensable para ser feliz. Así pues, los sueños de los otros deberían satisfacer a quiénes los tenían, cumplir cada sueño individual.

En ese instante pudo ver, a través de la ventanilla sucia, el lugar a donde se dirigían. No pudo creer que fuera verdadero. No tenía nada en común con la casa a la cual llegaba cada tarde. Algunas luces mortecinas intentaban romper la monocorde oscuridad que se adhería a los edificios llenos de cristales rotos y cuartos infestados de cucarachas. José cerró los ojos y por un instante recordó la ilusión dictada por el casco: la casa higiénica, las paredes blancas, el aire acondicionado. El cambio estaba rodeado del hedor a heces, sudor humano, ratas, agua encenagada.

¿Dónde estaba?

En la realidad. Por un tiempo la sospechó. El casco dejaba lagunas en la visión onírica, su vida analógica se llenó de contradicciones sin importancia. Se fue volviendo gris, mientras los circuitos se fundían lentamente. Un error. Eso era la realidad. Un error.

Tenía que hacer algo. No bastaba con engañar a la Fábrica, al supervisor, a sus compañeros. Pero hoy no. Mañana. Ahora necesitaba dormir. Tener sueños reales, descansar del movimiento continuo. Y a pesar de no estar en la fácil vida analógica durmió...

Las manos se hundieron en la maquinaria como si esta fuera humo, un reflejo. José 099 trató de apoyarse en la barandilla que lo rodeaba pero sólo halló el vacío. Los pies se hundían en la nada. No se encontraba ya en la Fábrica sino en un mar. Un océano compuesto por nieblas e ilusiones que se dispersaban por el viento que cobraba fuerza. José vio el abismo bajo él. La muerte. Antes de que pudiera gritar, el viento que deshacía las quimeras lo tomó, para hacerlo desaparecer junto con la Fábrica y el mundo.

Le dolía el cuerpo. Eso lo despertó.

Un dolor sordo, pequeño, constante. Algo le decía que siempre lo había portado y nunca cesaba. El dolor de los músculos agotados. Pudo verse las manos y los dedos que se achataban, las callosidades circulares en las manos, sus dedos deformados. Se puso de pie y se desnudó para observar su cuerpo. La incisión quirúrgica en el pecho para la pipeta, en donde ésta era insertada. Un latigazo eléctrico recibido quién sabe cuando y que nunca se borraría. Las costillas sobresalientes.

Se metió el dedo en la boca sin encontrar dientes, sólo pequeños montículos serrados, apenas rastros cariados de los colmillos. Graznó:

–Soy... José... Cero... 99...

Lo cual fue suficiente para asustarlo. Su voz tenía un tono gravoso, cortante, inseguro. Por ello supo que llevaba años sin hablar. Y, sin embargo, en la vida analógica era un hombre con voz agradable, una sonrisa seductora. En el reflejo de cristal una rata de ojos rojizos y piel amarillenta también sonrió. Apartó la vista. La

realidad. Pensó en la pesadilla. En ese sueño propio, no comunal o inducido por el casco y aun así terrible, maldito sueño.

Faltaban dos horas para ingresar de nuevo a la Fábrica. Era tiempo de huir. Recordó que le habían hablado, una vez, en susurros de niños, de un terrible secreto: al otro lado de las montañas vivían los Hombres Parias, inadaptados que habían formado una sociedad que ignoraba todas las pautas de la Sociedad de la Fábrica.

En ese entonces, niños, se estremecieron ante ese pensamiento imaginando bestias en forma humana. Para el José 099 de ahora fueron hombres cuerdos.

Las bestias los habían devorado ya. Con sólo llegar a las montañas...

No, eso era una ilusión. En toda la ciudad únicamente se encontraban alimentos en un lugar. La Fábrica. Era imposible alejarse tanto de ella sin comer. Y para comer debía trabajar. Y sólo ahí recibiría su ración diaria. Y sin dientes y con unas manos débiles era imposible conseguir alimentos propios. No en un lugar lleno de construcciones, en donde el último de los bosques fue derribado medio siglo atrás. Y los perros representaban más un peligro que una posible fuente de comida. Pero no podía continuar día tras día siguiendo ciegamente los movimientos sincronizados, los "therbligs" enseñados desde la niñez. Había pasado mucho tiempo desde que saliera del Bloque Educativo y aún recordaba la hipnolección: los "therbligs" son los Movimientos Mínimos Necesarios para efectuar un trabajo consumiendo el menor tiempo posible con la mayor eficacia...

Múltiple, moviendo su cuerpo al unísono con mil cuerpos. No sería posible sobrevivir mentalmente a esa rutina sin el casco analógico, y él, no deseaba el casco. No esos sueños de comodidad.

"Los estaba engañando."

Algo debía hacer. Algo.

Lo supo a la hora de la salida. Aliados. Alguien como él. Tendría una oportunidad. Era Día de Sexo. Según la vida analógica se encontraba con una amiga que en los últimos años había aprendido en mil lugares diferentes todo lo posible del acto sexual, lo justo para la amplia experiencia de él. Una larga noche cálida. Ese día, en el metro, multitud de hombres dijeron, al mismo tiempo, agradablemente sorprendidos:

—¡Elva!... ¡Elva 875!... ¡Tanto tiempo sin verte!

José escuchaba la plática coral y seguía con la vista la expresión sonriente de sus compañeros. Mil erecciones contra mil pantalones impermeables. El metro no siguió su ruta acostumbrada. Fue a parar a una especie de estadio techado en donde, equidistantes, había camas, tantas que no hizo siquiera el intento de contarlas. No era difícil imaginar el porqué del Día de Sexo. Aquí se gestarían las nuevas generaciones de obreros.

En ese instante llegaron las mujeres, sonrientes. Cada hombre junto a una cama, desnudándose. Las tomaron por la cintura y haciendo las mismas caricias empezaron a quitarles la ropa.

José pensó: "Therbligs, también aquí." Miró a la mujer de pie junto a la cama. Era fea. Sin dientes. Y esperaba ser amada expertamente.

—Óscar— dijo, insegura.

José se abandonó al Movimiento Mínimo Necesario, y empezó a hacerle el amor. Al penetrarla un suspiro general recorrió el estadio. Crujidos iguales, camas quejándose con una voz de muelles oxidados. Ella empezó a gemir, como las otras. El olor era insoportable. José sintió ganas de vomitar, pero continuó.

"Los estaba engañando."

En el momento del orgasmo, de golpe, José le quitó el casco. La mujer sólo fue consciente del semen golpeando su interior antes de comprender que ya no estaba en la playa, bajo el sol, con un hombre fuerte y musculoso. No importaba. No en ese instante mientras que, con los ojos cerrados, se entregaba a las sensaciones.

Pasó un minuto.

–Estás despierta– dijo él.

Ella abrió los ojos. Miró a su alrededor. La noche, para los análogos apenas había comenzado. En diversas camas se representaba el mismo acto. En todas ellas la misma acción. Ella gritó, gritó, gritó...

José 099 le dio un golpe. Dada su condición física no fue muy fuerte. Ella continuaba gritando. Se miraba el cuerpo desnudo y las llagas en los brazos, sus miembros deformes, las manos nudosas y el terrible hombre sobre ella. El olor, los ruidos húmedos, los quejidos múltiples. Gritaba...

Como último recurso José le puso de nuevo el casco. Ella sonrió. Los ojos se vidriaron. No perdió la sonrisa.

–Óscar –susurró–, acabo de tener una pesadilla espantosa...

La pequeña mano sobre el cuerpo del hombre buscaba.

Esa noche la Fábrica se deshacía. José 099 también. El viento lo convirtió en humo, niebla, recuerdo. Un sueño que se acaba.

La pipeta salió y fue a incrustarse al pecho de José. Ésta observaba fluir el líquido. Tenía veinticuatro horas de vida. Hasta ese entonces no necesitaba otra dosis. Se preguntó qué tanto resistiría sin ella. No mucho. ¿Qué hacer?, ¿qué hacer?

Al día siguiente José se dijo que la única manera de salir de ahí era mediante la acción directa. El todo por el todo. El supervisor de la Fábrica no poseía un casco analógico. Era una persona importante. Un dirigente con sueños reales. No lo pensó dos veces. La pipeta se había marchado unos minutos antes. El supervisor no esperaría ninguna agresión. No de los obreros con sus cascos. Pero ignoraba que José era diferente.

"Los estaba engañando."

José saltó la barandilla y sus huesos débiles estuvieron a punto de astillarse cuando libró los dos metros que lo separaban del piso, se movió rápidamente, con seguridad. Fue cosa de un segundo llegar al supervisor y tomarlo por el cuello grasoso. Ignoraba si sus dedos tuvieran la fuerza necesaria para matarlo pero así lo creyó. Mil manos se movieron hacia una palanca. Arrastró a su víctima por los pasillos mientras ésta le explicaba cómo funcionaba el auto aéreo, después, simplemente, le quebró el cuello. José deseaba ver por última vez la Fábrica, pero, de pronto, las luces se extinguieron y una alarma empezó a sonar en alguna parte. Aún así pudo llegar al auto. Despegó. José podía escuchar el siseo de mil camisetas corriendo por mil espaldas secas. Mil dedos en el interruptor. Dejaba atrás muchas

cosas. Sexo en el estadio que sobrevoló camino a las montañas. Una Fábrica que se pierde a lo lejos. Un metro que no es más que un gusano arrastrándose entre excrementos, edificios que se derrumban.

Existían los Hombres Parias. Existía el Paraíso. Un alimento que no era sintético, un mundo donde no había cascos analógicos. José 099 empezó a aprender una vida nueva en una sociedad nueva. Por contraste a la que abandonó, ésta era perfecta. Su cuerpo fue recuperándose y una dentadura postiza hizo de nuevo agradable su rostro. El constante uso de la voz le quitó el aspecto gravoso que tenía. El único problema eran las constantes pesadillas sobre la Fábrica y el viento. Después de una cacería a través de bosques infinitos, cuando tuvieron listo el plan por asalto a la Fábrica, en esa ocasión que engañaron a una patrulla de reconocimiento; después de todos esos hechos gloriosos: la pesadilla.

Los psicólogos del lugar dijeron que ésta era una forma en la cual sus recuerdos dolorosos se sublimaban. No les creyó por que sabía la verdadera razón de la pesadilla. La sabía. Y aún así dejó que la Sociedad de los Hombres Parias lo absorbiera. Pensó mucho en la mujer aquella del Día de Sexo y en la forma en que se negó a abandonar sus sueños.

Se acostó con mujeres que tenían orgasmos propios sin seguir el ritmo de los "therbligs". Y soñaba. No es que importara. Era feliz.

José 099 deslizó la mano derecha en un Movimiento Mínimo Necesario perfecto, un "therbligs" impecable. Mil manos se deslizaron. José 099 movió una palanca pintada de verde. Mil palancas se elevaron. José 099 era feliz. Todos eran felices. Los casos analógicos funcionaban a la perfección. Como siempre.

Mil manos apretaron otro botón...

José Luis Zárate Herrera (Puebla, 1966) es uno de los escritores mexicanos más reconocidos dentro del género de la ciencia ficción, aunque también ha desarrollado trabajos literarios de otros géneros. Como entusiasta de la literatura fantástica en general, como la ciencia ficción, ha trabajado en diversas oportunidades por la divulgación de esta clase de literatura en su estado natal y en su país. Nacional e internacionalmente, José Luis Zárate ha obtenido varios premios, como el Kalpa (1992) y el Premio UPC de ciencia ficción (2000). Sus novelas de mayor renombre son *Xanto, novelucha libre* 1994, *La ruta del hielo y la sal* 1998 e *Hyperia* 1999.

Novela

- *Xanto, novelucha libre*. Grupo Editorial Planeta. Colección Nosotros. 1994.
- *Fe de ratas* (por entregas). Periódico *La Jornada de Oriente*. 1997.
- *La ruta del hielo y la sal* Grupo Editorial Vid. S. A. de C. V. Colección MECyF. 1998.
- *Las razas ocultas*. Times Editores. Colección Serie Negra. 1999.
- *Hyperia*. Lectorum S.A. de C. V. Colección Marea Alta. 1999.

Cuento

- El viajero. 1987.
- Permanencia Voluntaria. Instituto Politécnico Nacional. 1990.
- Magia. Ediciones Papuras, Querétaro. 1994.

Premios y reconocimientos

- *Premio Kalpa 1992* al mejor cuento mexicano de ciencia ficción de la década 1980s. Otorgado por la revista Tierra adentro y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, por el cuento *El viajero*.
- Premio *Axxón Electrónico Primordial* otorgado por el *Círculo Puebla de Ciencia Ficción* a la difusión de la ciencia ficción.
- *Primer Premio Internacional de Novela MECyF 1998* con el libro *La Ruta del Hielo y la Sal*.
- Nombramiento del periódico *La Jornada* como uno de los mejores libros de 1998, por *La Ruta del Hielo y la Sal*.

Obtenido de "http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Luis_Z%C3%A1rate"

Sor al ia

Por: Juan Hernández.



Abrí el canal de mi plexo e introduje el aceitoso tubo que abastecería mi cápsula de oxígeno. De la base del cuello extraje el ducto espiral y alimenté mi carne. Ajusté mi brazo izquierdo que continuaba fallando. Me senté ante el tablero de la nave y conecté mi base craneal con el mando maestro dispuesto a recorrer la frontera. La eterna rutina antes de iniciar mi trabajo.

Cada noche debía patrullar y ver que todo fuera en santa paz en los dominios de la Compañía. Y todo marchaba, excepto por una jaqueca que sacudía mis neuronas. Cuatro horas-tierra con la internase conectada al orificio tras la nuca agota a cualquiera.

Desde mi cabina lograba ver las fumarolas verdes y amarillas de la Gran Caldera, la galaxia de luces que cobijaba la ciudad como una marquesina.

De pronto el cuarzo de la pantalla parpadeó agitadamente su color rojo indicando emergencia. Pulsé la señal de alarma y maniobré la nave hasta situarme en el lugar donde había partido el mensaje de ayuda.

Cuando aterricé pude adivinar lo que encontraría; cuerpos carbonizados, chips de control derretidos, piel sintética adherida al fondo de la caverna piloto y plástico X2 revuelto con piedras y plasma genérico.

Era el cuarto ataque en menos de un mes. Los otros habían ocurrido en mi ausencia. Este era el primero que me tocaba atender sin lograr impedirlo. Era difícil llegar a tiempo. El recorte, de personal había afectado a la Compañía que prefería colonizar los desiertos en vez de proteger sus fronteras tecnológicas.

Me dediqué a la tarea de remover aquellos escombros; la cápsula de lo que había sido una aduana había explotado sin aparente causa. Era evidente que se trataba de un sabotaje más contra la Compañía.

Cuando terminé, mi cargamento era una docena de bolsas conteniendo los restos de tres compañeros muertos. Trasladé los sanguinolentos paquetes hasta la jefatura de zona. En mi informe expliqué que se había tratado de un nuevo ataque, certero, fulminante.

En el almacén entregué mi equipo de trabajo, desconecté de mi cabeza la prótesis y antes de irme a descansar pasé por el taller a que revisaran mi brazo. El viejo implante volvía a darme molestias. El dolor producido inundaba mi espalda y entumecía mis piernas.

Mocho XII, el mecánico, volvió a decir que era poco lo que podía hacer por mi brazo. Sólo aceitarlo y limpiarlo con un trapo húmedo para cuidar su apariencia. Es un modelo antiguo, la vena de cuarzo es tan costosa que tu sueldo jamás podría pagarla, dijo.

Vaya miseria. Ya antes había considerado la idea de deshacerme del brazo, pero no me imaginaba caminando con la manga de mi traje hibernal flotando vacía. Además la Compañía tendría un motivo para despedirme. Prefería soportar ese brazo viejo y oxidado aunque mi espalda pagara las consecuencias.

Al día siguiente, pasé por el laboratorio sólo por satisfacer mi curiosidad. Los restos de los tres cadáveres habían sido debidamente ordenados para ser usados en implantes posteriores. Ninguna cabeza, ningún corazón, ningún órgano valioso, sólo restos de muñones y una pierna adiposa que supuse había sido de Jack, el más gordo de los tres fallecidos.

¿Algún brazo? pregunté. Ninguno, no tienes suerte, respondió el laboratorista. En verdad era mala suerte. De los tres ataques anteriores se habían recuperado un par de brazos que de inmediato fueron vendidos a los Almacenes Tronics. Cada noche pasaba por los aparadores de la tienda y miraba los brazos criogenizados en sus urnas de cristal bajo una Cartulina con un precio fuera de mis posibilidades.

El reporte final no arrojaba ningún dato que pudiera servir a mi patrullaje. Algunos consideraban que la explosión había sido cometida por un disparo de Metal Rubio, esa extraña fuerza conseguida en laboratorios extranjeros y que era el arma más temible para la Compañía. Sin embargo, cómo explicar que los exoesqueletos de los cadáveres permanecieran intactos. Misterio tecnológico. Era probable que el Metal Rubio hubiera sido perfeccionado. Sobre todo porque los exoesqueletos creados por la Compañía eran capaces de resistir las temperaturas de Golan y Mirna, las colonias desérticas tan plagadas de Radiactividad como bulbo de magma.

¿Acaso el enemigo deseaba apoderarse de exoesqueletos? De ser así, yo había llegado antes que los cadáveres de mis compañeros hubieran sido robados.

La idea de que tarde o temprano seríamos vencidos me provocaba una tremenda angustia. No me agradaba la idea de verme convertido en esclavo a las órdenes del Enemigo, levantando muros de hormigón y ceniza epóxica para resguardar sus fronteras.

Quedábamos pocos. Nuestra resistencia estaba en su límite, continuamente patrullábamos las fronteras. Siempre regresábamos con malas noticias y la nave llena de restos de antiguos compañeros.

Algunas noches, Soralia hacía contacto desde su tablero y conversábamos. ¿Dónde estaría? Gente como ella permanecían resguardados de por vida, eran la reserva tecnológica de la Compañía y debían preservarlos a toda costa, su captura por parte del Enemigo representaba un peligro.

Bah, si supieran que se conectaba a mi tablero, que sus palabras amorosas entraban por la base de mi nuca y todo mi traje hibernar se inundaba con sus caricias... Era peligroso. Bastaba que un explorador enemigo entrara en la red y vaciara sus archivos de conocimientos como un vampiro extrae la sangre a su víctima.

Tal vez Soralia no comprendía el peligro de conectarse con alguien del exterior, lo cierto es que aquellas eran las noches más felices de mi vida, sobre todo cuando el holograma de su rostro estallaba en el interior de mi nave y yo me dejaba adormecer por sus reflejos dorados, hasta verla desaparecer bajo la oscuridad en el cristal de mi cabina.

Hablábamos de amor, de caricias ausentes. Era difícil hablar del futuro. La sola mención de esta palabra significaba angustia y desesperación, miedo y locura. Ambos habíamos nacido en la última generación con posibilidades de vida MODERADA y SANA, según el censo.

La estadística no especificaba si MODERADA significaba vivir con miedo de que el Enemigo conquistara la tierra de Los Antepasados. Tampoco ofrecía explicación para la palabra SANA. ¿Era normal vivir recluido en algún laboratorio secreto? ¿Era sano vivir con una prótesis oxidada y sin refacciones?

La tierra había sido agotada en sus recursos buscando vida en otros planetas. Año de 3014. Seguíamos igual que siempre, abandonados en el universo, sin nadie que respondiera a nuestro llamado, sin que la barrera del tiempo pudiera ser cruzada como alguna vez se había soñado, sin que un mensaje sideral llegara a nuestros radares cada vez más sofisticados, cada vez más inútiles.

Sabíamos que éramos producto de ese polvo de estrellas caído en la Tierra allá en la oscuridad del tiempo. Habíamos comprendido también que estábamos solos en el universo, nadie habría de ir por nosotros, la noche era una simple boca oscura.

Cuando esto fue aceptado por la comunidad científica sólo quedó una salida; apoderarse del mayor territorio posible antes que el Enemigo, pero nuestras naves eran pequeñas, además escaseaban los basamentos y el combustible. ¿Cómo intentar la conquista? Fue necesario conformarse con esa larga cadena montañosa ofrecida como patria. Apenas quinientos kilómetros cuadrados, repletos de miseria y abandono, fronteras frágiles por donde mi nave patrullaba buscando retrasar lo inevitable.

Vivía en un panal. Un conjunto de recámaras estrechas donde sólo era permitido pasar la noche, como si fuera posible permanecer durante el día, a menos que uno deseara volverse loco.

El panal estaba en lo alto de un cerro. Antiguamente había sido un basurero tecnológico. Cuando llegaba un poco de viento se podía percibir el olor nefasto a plástico y carbón, a cadáveres de alimañas puestas a secar al sol para macerar su carne. A pesar de lo tenebroso del sitio no corría peligro. Mi nave era razón suficiente para que nadie se atreviera a robar mi prótesis, a desprenderme la base craneal o desear apoderarse del plexo que la compañía me había instalado.

De cierto modo era visto como héroe, pocos eran quienes se arriesgaban a patrullar las fronteras. Podía atravesar el barrio sin temor, llevar alguna joven a mi celda o gritar como lobo en las noches de luna llena, rito sólo permitido a los más ancianos.

Me sentía cansado. La espalda era una burbuja ardiente que amenazaba con estallar y dejarme embarrado en ese callejón donde buscaba un sitio tranquilo para tomar cerveza. Los charcos grasientos reflejaban el neón y las siluetas de los transeúntes, algunos adolescentes se divertían pellizcando el culo a las prostitutas. Alguien gritó auxilio en uno de los pisos superiores pero la voz fue opacada por el silbato de la Gran Caldera que anunciaba la salida de personal.

De inmediato, los callejones de la zona se convirtieron en un estúpido peregrinar de personas que ansiaban divertirse un poco antes de retirarse a dormir. Un hombre negro me ofreció clavijas faciales. Pedí que no me molestara. El tipo insistió. Abrió su abrigo y mostró relojes piramidales reservados al ejército, intravenosas de juego sexual que podían ser instaladas inmediatamente.

Los conozco. Tienen virus, dije.

Están limpios, respondí.

De cualquier forma era un riesgo instalarse con aquella basura. Uno podía perderse en algún laberinto y jamás regresar.

Lo que necesito es un brazo, dije levantando la manga de mi traje hiberna, señalando mi propio brazo izquierdo.

Mjm, si tuviera un brazo ya hubiera salido de pobre dijo el negro retirándose molesto.

Entré a un lugar apenas iluminado con cuarzos chillantes que parpadeaban lastimando la vista. Encontré sitio. en la barra. En el escenario un hombre tragaba un largo cuchillo por su boca lacerada con bubas rojizas. La enfermedad de los basureros.

No resistí. Salí del lugar y caminé hacia el panal, confiado en la seguridad que daba mi uniforme. Sentí entonces un dolor en la nuca. Alguien me había golpeado la base craneal y mi cerebro se volvió loco intentando recuperarse. El atacante pasó su brazo por mi cuello y un hombre con el rostro sintético se detuvo frente a mí. Con un rápido movimiento desprendió la prótesis de mi brazo izquierdo Y mi espalda estalló en dolor negro y áspero.

Cuando desperté estaba sentado frente a una pantalla que parpadeaba frenética. Los dos ángeles violentos conectaban un tablero a mi base craneal y revisaban la reserva de oxígeno en la cavidad de mi plexo. Ser mejor llenarlo, dijo el hombre de rostro

sintético. El atacante conectó la sonda y pude reconocerlo. Era el mismo que me había ofrecido mercancía en el callejón.

Whiskas Gibrán Whiskas, Oficial de Patrulla.

Soy yo, dije sintiendo la energía corriendo a través de mi cuerpo. Los tipos me habían conectado carga suficiente para trabajar sin descanso una semana. Era un derroche. ¿De dónde obtenían semejante cantidad de plasma genérico y oxígeno?

Tenemos nuestros proveedores, respondió el hombre sintético. Entonces noté que mi base craneal estaba siendo decodificada y la línea de mi pensamiento aparecía transcrita en la pantalla. Era imposible ocultarles algo.

Gibrán Whiskas, censado como habitante de vida MODERADA y SANA. Mmmm. Quedan pocos como tú, de no ser por la prótesis de tu brazo diríamos que eres una reliquia de museo.

He sabido conservarme.

No te elegimos por eso, sino por tu amistad con Soralia.

Estaba perdido. El secreto guardado durante tanto tiempo había sido descubierto.

No sé de qué hablan, respondí y de inmediato la pantalla parpadeó una luz amarilla. Las palabras Soralia, amor mío aparecieron centelleantes.

Es inútil mentir. Mi amigo el negro se divierte explorando redes. Hace poco descubrió un ardiente diálogo. Espero que limpies el tablero de tu nave luego de masturbarse con el holograma de tu amiga, patrullero.

El negro se aproximó jugueteando con mi prótesis, analizándola.

Obtendría buen dinero por este brazo en el callejón, lástima que ya no existan refacciones. Es un antiguo modelo, dijo.

Ni siquiera me esforcé por hablar, dejé que la línea de mi pensamiento fuera apareciendo en la pantalla.

De acuerdo, ¿qué buscan?

Necesitamos que conectes con Soralia. Es todo.

¿Con qué propósito?

Sólo para... conversar.

Vampiros, te van a chupar parpadeó la pantalla traicionando nuevamente la línea de mi pensamiento.

No sé cómo hacerlo, ella es quien se comunica conmigo.

No te preocupes. El negro te acompañará. Sólo necesitamos tu voz para que Soralia acepte conectarse.

Vampiros Vampiros

Lástima que no tenga compostura, dijo el negro, tirando mi prótesis al piso. Mi brazo artificial crujió bajo el peso de su bota. La vieja vena de cuarzo que tanto había resistido se deslizó por el mosaico como una serpiente chamuscada.

Podemos dejarte ir, pero presiento que no tienes un buen pretexto para explicar la pérdida de tu brazo; podemos hablar a la compañía y decir que uno de sus patrulleros se conecta con su amante descuidando el patrullaje en la frontera. O quizá te liquidemos. El negro se encargará de vender tus restos en el callejón o a los Almacenes Trinos. Todo tu cuerpo es una verdadera mina de oro.

Está bien, no tengo opción.

El hombre sintético sonrió. Tomó asiento a mi lado y conectó un tablero en las cánulas de sus manos. El hombre negro hizo lo mismo y extendió un cable que depositó en la red alterna de mi base craneal.

Astillas de vidrio. Una tormenta de cuarzo recibió mi primer impulso. Preferí cerrar los ojos para concentrarme. Tenía poca experiencia en el viaje cibernética. Acaso ahí residía el misterio de mi cuerpo conservado.

Una cortina de metal sónico golpeó mis neuronas. El dolor hizo arquear mi columna. Era difícil avanzar llevando al negro como compañero. Cada barrera pasaba primero por mi frontera sensorial y todo se detenía hasta que el negro la decodificaba y aceptaba continuar. En caso de peligro el hombre sintético desconectaría a su amigo y me dejarían sólo, perdido en un cable minado de Furia y Espanto. El resto de los candados ni siquiera podía imaginarlos.

Furia fue un taladro directo a los dientes. Sentí la descarga. Por un momento perdí la noción hasta que sentí la presencia del negro avanzando en algún recodo de mi cráneo. Abrí los ojos y miré la pantalla virtual que operaba el hombre de la piel sintética. Desde su tablero iba incorporando claves que permitían el acceso hasta esa zona.

No puedo más apareció en la pantalla amarillenta. La línea de mi pensamiento se resistía. El instinto de supervivencia indicaba el límite de mis posibilidades. El negro fue en mi auxilio. En mi base craneal sentí el pulsar de algunas teclas que viraron el rumbo hasta retomarlo justo después del taladro. Furia había quedado atrás.

¡Piensa en Soralia! gritó el hombre sintético.

El negro volvió a teclear y en la oscuridad rocosa percibí las letras del nombre de mi amada. Una luz intensa iluminó el túnel. Era difícil de creer. Soralia había colocado su mismo nombre como clave para acceder hasta su refugio. El camino parecía claro, sólo quedaban los candados que la compañía había colocado en sus redes.

Un demonio viscoso atacó mi plexo buscando la cápsula vital. Había llegado a los dominios de Espanto. Intenté cubrirme con mi mano izquierda, pero un muñón rojizo y maloliente me hizo recordar que no tenía brazo. Una escarcha de plástico venenoso me recibió bajo esa caverna donde navegaba a ciegas. El negro permanecía a mi lado preparado para huir cuando todo acabara.

SORALIA parpadearon las letras enviadas desde el tablero y mi base craneal fue catapultada hasta una región donde ni siquiera los abismos existían. Territorio de sombras, trono de bestias que mascaban mi nombre. La vida fue una ráfaga, serpentina de amores destrozados, tristeza acumulada.

El hombre negro tomó mi sombra y la deslizó envuelta en una mancha rojiza que se volvió ceniza y gritos. Ambos regresamos por el cable recogiendo restos de dolor sensorial. El vértigo nos depositó frente a la computadora. Desperté cuatro días después, junto a los restos de mi brazo izquierdo.

Apenas abrí los ojos la punta metálica de una bota hizo estallar mi nariz. El dolor buscó acomodo entre mis recuerdos y sentí una neblina de alfileres vaciándose alrededor de mi cráneo.

Gibrán Whiskas, quedas detenido a proceso. Se te acusa de colaborar con el Enemigo.

El androide no sabía de buenos modales. Inmovilizó mi cuerpo con sonda eléctrica y fui llevado en un convoy hasta una cripta ubicada en lo que supuse eran los sótanos de la Compañía. Por alguna razón mi agenda nemotécnica estaba intacta. Podía recordar mi pasado, la historia de mis padres, mi número clave, algunas fechas patrias y hasta el himno de la Compañía. También recordé que era noche de luna llena.

Un aullido feroz salió de mi garganta. Restos de sangre y baba fluyeron por la comisura de mis labios. La corriente vital de mi cápsula se activó como el chispazo de un motor y mi cabeza golpeó el cristal de la cripta que cayó en pedazos. Estaba libre.

Alertado por el ruido llegó el androide. Al verme disparó sonda eléctrica que, eludí arqueando el cuerpo. Lo tomé por el cuello y apreté haciendo estallar su traquea de resina que chisporroteó antes de fundirse. ¡Demonios, cómo extrañaba mi otro brazo!

Vagué por los pasillos. En una pared de mandos conecté el cable de mi base craneal y pronto obtuve un plano del edificio. No había candados, sólo un dolor en los dientes que ya conocía. Busqué algo de energía y encontré apenas diez grados en una tarjeta de memoria. Los absorbí de inmediato y los deposité en mi cápsula tras el oído. Mi debilidad era de grado mayor.

Pedí a mi base craneal una nueva lectura del plano del edificio. Si había logrado entrar a la Compañía valía la pena conocer a mi amada. Tecleé su nombre. SORALIA. Por toda respuesta obtuve: Objeto de Placer.

No podía creerlo. ¿Soralia, la mujer de quien me había enamorado, era un Juguete Sexual?

Comprendí todo; el miedo, la orfandad, el deseo, la muerte, el llanto, la soledad. Ahí estaba, con el cerebro conectado a un programa y una reserva de energía tan escasa que cualquier espasmo erótico haría explotar mi corazón. ¡Vaya ironía! Supe el peligro que corría al estar conectado, pero fue demasiado tarde. En ese momento, el cielo se abrió.

Mi alma quedó dispersa en una red de alambres oxidados que introducían dolor bajo la piel. Un olor a carne lastimada me inundó. Quise retirar aquella viscosidad pero sólo conseguí lastimarme con el muñón de mi mano. Era un maldito inválido.

Un tropel de luz y fuego caminó desde la base de mi columna astillando mi cuerpo. Grité desde el fondo de mi memoria, como si el carbón hubiera sido siempre la sustancia de mis palabras, como si el lodo fuera la viscosidad de mis ojos, como si la muerte habitara en mi lengua. Dolor.

Amor mío dijo una voz llegando desde el fondo de mis recuerdos. Era ella. Soralia. Una sombra.

Mi carne se convirtió en un reptar de gusanos bebiendo mis venas. El olor a sangre hervida inundaba mi tarjeta de sensaciones. La carne, La maldita carne es débil. Escuchar su voz y derrumbar mis sentidos fue una misma acción. Soralia se aproximó. Tomó mi cuerpo, lo desnudó, introdujo su lengua en mi boca, lamió de mis encías y rompió mi ducto espiral. Ya era un simple cuerpo abandonado a la noche. Sentí su fuerza al introducir su mano en mi base craneal y romperla. Dolor.

Explosión. La nada. El espasmo. El vómito de mi historia recorriendo cada vena de cuarzo sobreviviente al desastre.

Desperté recluido en mi celda. A lo lejos el murmullo del barrio reptaba por las paredes. Te has portado bien, dijo el hombre negro terminando de colocar una nueva prótesis en mi brazo izquierdo. Un chasquido de luz caminó silencioso por mi cuerpo. El tipo se fue.

Salí de mi celda y caminé hasta mi nave. Sobrevolé por el barrio mientras una multitud chillaba celebrando la conquista de nuestro territorio por el Enemigo.

Crucé la frontera y huí. Nuevamente tenía dos brazos. Era mi pago por abrir la puerta al Enemigo a través de mi base craneal. Mi cuerpo estaba completo, excepto mi alma. La imagen de ese androide llamado Soralia, haciendo el amor conmigo en sus noches de descanso, me hería tanto como una astilla encontrando cobijo en mi angustia.

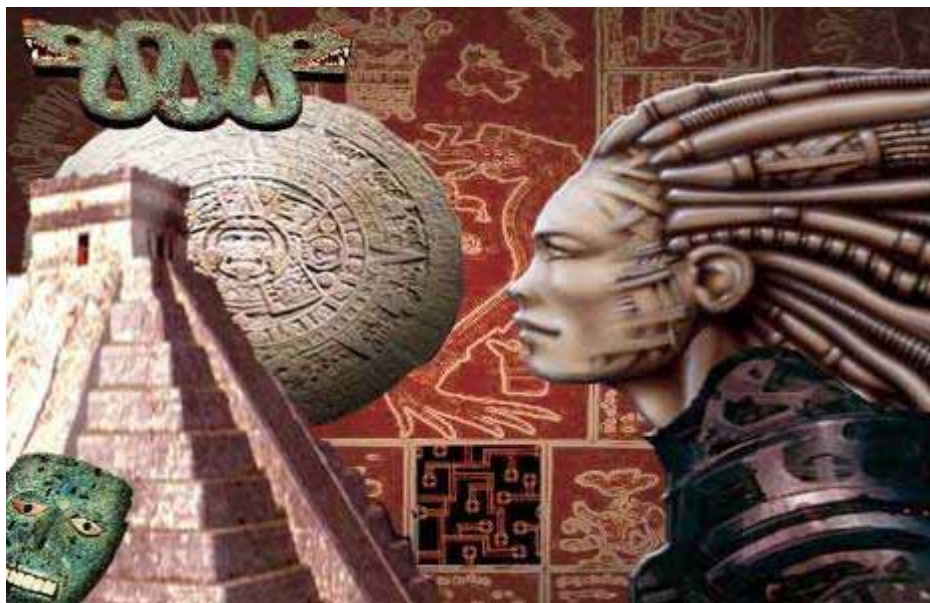
Amor mío dijo una voz parecida a un rumor de piedra. Surcó fugaz la sonda de mi base craneal. Se anidó directo en la región de mis sentimientos. Lloré.

Amor mío repitió la voz. Seguí llorando. Mis lágrimas cayeron sobre el cristal del tablero reflejando su humedad, excepto mi imagen. Ahí estaba el producto de mi tristeza. Con el tiempo aprendería a llevar mi nueva condición.

Pronto amanecería. Debía encontrar un recinto donde el sol no me lastimara. Atrás quedaban las fronteras que tanto había ayudado a resguardar. Al frente, la soledad del destierro. Los vampiros no tenemos patria.

Discurso sobre un Nuevo Método para el Estudio de la Ciencia Ficción Latinoamericana

Por: Miguel Ángel Fernández.



Así como en *New Maps of Hell* (1960) Kingsley Amis introdujo en beneficio de los lectores un ingenioso paralelismo entre los orígenes de la ciencia ficción anglosajona y el jazz, creo que el mejor modo de dar a conocer la historia y las peculiaridades de la ciencia ficción latinoamericana es comparándola con los recientes descubrimientos de un grupo de dinosaurios con ejemplares de los familias más importantes en lo que en tiempos fue el actual territorio de Sudamérica.

Hasta hace algunas décadas, los fósiles de dinosaurios de América Latina no eran tan conocidos como los de Norteamérica y Europa. Esto se debía, sin duda, a una pesquisa deficiente y lejos de los lugares indicados. Lo mismo ocurría con la ciencia ficción latinoamericana. En 1979, la primera edición de *The Encyclopedia of Science Fiction* de Peter Nicholls, le dedicó una entrada junto a España y Portugal. De sus 599 palabras, el 88.9% fueron para españoles y portugueses, y apenas un 11.1% (66 palabras) para Sudamérica, ignorando al resto de América Latina. Esta deficiencia se corrigió parcialmente en la segunda edición de la obra de Nicholls, ahora publicada en colaboración con John Clute (1993), donde, bajo el título de Latin America, el brasileño Bráulio Tavares y el mexicano Mauricio-José Schwarz ofrecieron un panorama general y apartados especiales para Argentina, Cuba, México y Brasil, junto a una lista de títulos y autores de Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Perú, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela. Sin embargo, Tavares y Schwarz advertían que era imperiosa una investigación más profunda sobre el tema.

Hacia 1980 comenzaron en Latinoamérica las excavaciones sistemáticas encabezadas por expertos paleontólogos. En todo el mundo se han encontrado poco más de 500 especies de dinosaurios, de las cuales, según la página web *Dino Data*, 136 especies

han sido descubiertas en Latinoamérica, desde México hasta Argentina, pertenecientes -al menos las de América del Sur-, a los tres periodos de la era Mesozoica. Del mismo modo, en la década de 1960 aparecieron los primeros análisis críticos de la ciencia ficción latinoamericana y, en 1998, un grupo de estudiosos de esta corriente literaria, nos propusimos elaborar una cronología completa. Los resultados arrojaron cifras sorprendentes: 981 revistas y fanzines, 102 cuentos publicados en recopilaciones no especializadas, 253 antologías, 373 novelas y 134 ensayos, provenientes de 15 naciones de América Latina; es decir, casi el 60% de ellas, con excepción de las Antillas Menores, Belice, Guyana, Guyana Francesa, Haití, Honduras, Jamaica, Panamá, Paraguay, Puerto Rico y Surinam.

Argentina no solamente es el país en el que se han hallado más restos fósiles de dinosaurios (119 especies), sino también el más prolífico en publicaciones de nuestra corriente literaria (623 títulos), seguido por México (459 títulos), Brasil (330 títulos), Chile (111 títulos) y Cuba (76 títulos).

El *Antarctosaurus*, uno de los mayores saurópodos del Cretácico, probablemente emparentado con el *Diplodocus*, es la especie más común en Latinoamérica, con restos encontrados en Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Uruguay. Así también, los títulos más socorridos de la ciencia ficción latinoamericana, como puede verse, son las revistas profesionales, semiprofesionales y de aficionados o fanzines, cuyos primeros ejemplares abundaban en traducciones a lo largo de casi todas sus páginas, las que evolucionaron progresivamente para alternar con autores locales, llegando algunas, en décadas recientes, a minimizar o incluso a erradicar las colaboraciones extranjeras; saliendo otras del océano primigenio de papel para dar sus primeros pasos en las playas del software, primero, y del ciberespacio, después.

Investigaciones más recientes han encontrado cuatro obras de la prehistoria de la ciencia ficción, mejor conocida como protociencia ficción, todas ellas escritas en México, siendo la más antigua el rapto interplanetario que aparece en la *Tautología Extática Universal* (1667) del jesuita Alexandro Fabián.

El primer descubrimiento de un fósil de dinosaurio en nuestros países data de 1882, y tuvo lugar, asimismo, en Argentina. La más remota muestra de ciencia ficción latinoamericana está fechada en 1775 y proviene de Mérida, en la península mexicana de Yucatán, cerca del cráter de Chicxulub, donde se cree cayó el meteorito que dio fin al reinado de los lagartos terribles. Se trata del cuento de un viaje lunar titulado “Sizigias y Cuadraturas Lunares”, escrito por el fraile franciscano Manuel Antonio de Rivas, descubierto en 1959 por Pablo González Casanova y clasificado dentro de la ciencia ficción por Ross Larson (1973). Muchos críticos dudan que en el último cuarto del siglo XVIII haya sido posible que alguien escribiera una auténtica obra de ciencia ficción, si acaso, dicen, se trataría de protociencia ficción. Las “Sizigias y Cuadraturas Lunares” resultan difíciles de clasificar, pues si bien presentan el esqueleto típico de un cuento filosófico a la manera del “*Micromegas*” de Voltaire, sus órganos constitutivos ya muestran las características de la ciencia ficción moderna: búsqueda de verosimilitud científica, cálculos geográficos, físicos y astronómicos, extraterrestres, sátira social y una velada utopía ilustrada. Por cierto, el fraile Rivas estuvo a punto de extinguirse cuando el tribunal de la Inquisición trató de procesarlo por difundir la teoría heliocéntrica de Copérnico y creer en otras ideas heréticas.

Hay que reconocer que la forma en que se ha investigado hasta ahora la ciencia ficción en Latinoamérica no ha sido la más indicada. Al iniciar los descubrimientos sudamericanos de restos de dinosaurios pertenecientes a familias o géneros desconocidos en el hemisferio norte, eso no fue motivo para forzarlos a encajar en los ya existentes. Esto, que parece muy lógico, no se ha visto con igual claridad en la mayoría de los estudios de la ciencia ficción, no únicamente de Latinoamérica, ya que ha sido frecuente minimizar lo relativo a la producción de esta corriente literaria en las regiones geográficas distintas a la europea y estadounidense. Para subsanar estas inadvertencias, es necesario reconocer una problemática particular de la ciencia ficción de las regiones periféricas, que importa tanto a los propios países de estas regiones, como a los estudios generales de la ciencia ficción.

Es indispensable tener presente que toda la ciencia ficción depende del contexto en que se escribe. En el caso de América Latina, el hecho de que no se conozcan muestras de valor, se debe a las formas de abordaje así como a los métodos y teorías que han prevalecido hasta años recientes. Básicamente, los trabajos que han intentado dar a conocer la ciencia ficción latinoamericana han sido cronologías o historias de las contribuciones hechas por el subcontinente a la ciencia ficción universal. Esto resulta tan equivocado como pretender escribir la historia económica de un país a partir de sus relaciones comerciales con otras naciones, o buscar restos fósiles de dinosaurios que solamente pertenezcan a las familias y géneros ya conocidos, desechando los que no respondan a clasificaciones convencionales. Es curioso que nadie se haya percatado de que el estudio de la ciencia ficción ajustándose a los modelos europeo y estadounidense, crea un marco conceptual que niega, *ex hypothesi*, a Latinoamérica. Así se comprende, por otro lado, que las aportaciones de esta región se consideren sumamente escasas.

Un ejemplo obvio de que la metodología hasta ahora empleada no es la más recomendable, aparece en la antología editada por James Gunn, *The Road to Science Fiction. Volume 6: Around the World (1998)*. En el capítulo dedicado a España y Latinoamérica, puede leerse en la introducción:

When it comes to science fiction, Spain and Latin America share more than a language: primarily agricultural, slow to industrialize, influenced more by tradition than the forces that produce change, they have found little in science fiction that speaks to their condition. Because of their European neighbors, perhaps, Spain had some early SF experience, but Latin America was more isolated... Latin America's major contribution to science fiction and fantasy (and literature itself) has been "magic realism".

La aplicación de semejante criterio -que en realidad se trata de un prejuicio- llevó a que se publicaran en esta antología dos relatos de ciencia ficción ("El jardín de alabastro" de Teresa Inglés y "La lotería en Babilonia" de Jorge Luis Borges), que recuerdan lo escrito por los autores estadounidenses; y dos relatos que pueden pertenecer al realismo mágico, pero no a la ciencia ficción, como lo son "Blacamán el bueno, vendedor de milagros", un cuento de fantasía de Gabriel García Márquez, y "Chac-Mool", un cuento de horror de Carlos Fuentes.

Pero estos prejuicios no son patrimonio exclusivo de la antología de James Gunn, se encuentran arraigados en la opinión de las sociedades de los países desarrollados, sin que queden exentos de ellos una parte considerable de sus investigadores.

No vamos a negar el maridaje entre ciencia y fe que se estableció dentro de los círculos del poder en la América colonial. Sin embargo, esto es apenas una parte de la historia, la más oscura y divulgada desde el siglo XVIII. A partir de la década de 1970, el progreso en las investigaciones de la historia de la ciencia latinoamericana, ha ofrecido nueva luz y muchas excepciones a la que hasta entonces era considerada como la “historia oficial”.

Como ha escrito el humanista colombiano Germán Arciniegas, “[s]i la conquista de América es una consecuencia del Renacimiento, el fin del régimen colonial es una consecuencia de la Ilustración”. Esto fue así, porque existieron comunidades de científicos e intelectuales que, a pesar de la existencia de la policía del pensamiento que fue el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, tuvieron acceso a textos de la filosofía moderna y de la revolución científica desde comienzos del siglo XVII. El Discurso del Método (1637) y otras obras de Descartes, son citadas por el mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora en 1681, un científico que fue discípulo de los jesuitas, quienes enseñaron desde finales del siglo XVII la filosofía cartesiana y el sistema de Copérnico. El propio Sigüenza es el autor de la *Libra Astronómica* (1690), una de las obras mayores de toda la ciencia colonial hispanoamericana, donde realizó observaciones del mismo cometa que en 1681 sirvió a Newton para enunciar la teoría de la gravitación universal, y cuya precisión puede comprobarse cotejando la quinta sección de la *Libra Astronómica* con el libro iii, proposición xli de los *Principia Mathematica*.

Estimulados por las reformas a los estudios tradicionales impulsadas desde España por los ministros de Carlos III, en Lima, el virrey aprobó un nuevo plan de enseñanza (1771) que incluía a Leibniz, Bacon, Gassendi y Descartes. En México, Juan Benito Díaz de Gamarra publicó en 1774 sus *Elementa Recentioris Philosophiae* y, en 1781, los *Errores del Entendimiento Humano*, donde critica el escolasticismo y explica, al igual que en su cátedra, a Leibniz, Newton y Descartes, aunque se le denuncia, sin ulteriores consecuencias, ante la Inquisición. En 1775, en La Habana, José Agustín Caballero surge como el intelectual que lleva en su estandarte el nombre de Descartes, Galileo y Bacon. En Caracas se suspende en 1788 al catedrático Baltasar de los Reyes Marrero por nombrar al autor del Discurso del Método. Dos años después, en la Argentina, el deán Gregorio Funes elogia públicamente las reformas educativas impulsadas por la corona española.

La teoría heliocéntrica del universo, para la que resultó de importancia capital el descubrimiento de América, fue mejor recibida en Hispanoamérica que en Europa. En fecha tan temprana como 1600, un librero de Sevilla envió un ejemplar del *De Revolutionibus Orbium Coelestium* en el navío Trinidad, con destino a Martín de Ibarra, de San Juan de Ulúa, México; pero un hecho sumamente curioso ocurrió en 1774 en Bogotá. El médico, botánico y matemático, José Celestino Mutis, fue acusado ante la Inquisición por haber dicho que la Tierra giraba alrededor del Sol. Para su fortuna, en lugar de encarcelarlo directamente, se le ofreció la oportunidad de que se justificara ante un tribunal académico-inquisitorial. El público, conformado por oidores, letrados, canónigos, doctores y estudiantes, reunido en la capilla del Colegio

del Rosario, escuchó la convincente explicación de Mutis y fue liberado sin cargo alguno.

En las colonias españolas americanas existía mayor libertad que en muchos países europeos de su época. Prueba de ello es el intento de Galileo Galilei de pasar a la América española, luego de su primer proceso (1611), para lo cual escribió al rey de España, ofreciéndole sus servicios como cosmógrafo, pensando que sería el mejor modo de continuar sus investigaciones quitándose de encima las enojosas investigaciones de la Inquisición romana.

Afirmar que Latinoamérica ha estado aislada del mundo desarrollado, parece más el argumento de una utopía o de una obra de historia alternativa, que un criterio académico de selección de muestras de la literatura de ciencia ficción de un país o región geográfica determinada.

Así como se ha constatado la existencia de dinosaurios en los siete continentes, el Polo Norte y la Antártida, por haber tenido la capacidad de adaptarse a una gran variedad de climas, la ciencia ficción ha existido en todas las sociedades a las que ha llegado, directa o indirectamente, la revolución científica y sus aplicaciones tecnológicas, pero también, y sobre todo, la idea ilustrada del progreso.

Por otro lado, la invención, en el sentido amplio del término, no es patrimonio exclusivo de nadie. ¿Alguna vez se han preguntado de dónde proviene el apellido Alva de Thomas Alva Edison? Es curioso que sus biógrafos solamente destaquen el origen belga de su apellido materno. El primer apellido de Edison proviene de la familia Alva de Sombrete, Zacatecas, México . El historiador español de los inventos y la tecnología, J. Fayet, sostiene que “no es una raza particular de Europa o de América donde se encontrará el patrimonio del espíritu de la invención, sino en esos crisoles donde se mezclan, donde se funden las razas mismas, ahí es donde encontraremos las más frecuentes cunas de inventores” ; palabras que adelantan las peculiaridades de nuestra literatura.

A diferencia de países como Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, la literatura fantástica latinoamericana no siguió la secuencia neoclásica-romántica-gótica , por lo que la ciencia ficción de estas naciones difícilmente podría ajustarse a la definición casi universalmente aceptada de Brian W. Aldiss, según la cual esta corriente literaria está “característicamente tramada en el modelo gótico o post-gótico” . Aunque existen ejemplos de ciencia ficción en la América Latina de los siglos XVIII y XIX, pertenecientes al cuento filosófico, romanticismo, modernismo y algunas otras escuelas literarias europeas, con excepción de la escuela moderna, primer corriente literaria original del continente, lo que caracteriza, no solamente a la ciencia ficción, sino a la literatura fantástica latinoamericana es el eclecticismo, que pretende ampliar la percepción de la realidad, recurriendo al humor, la sátira, el surrealismo, el onirismo y también a lo terrorífico . Según el crítico español Rafael Llopis, la literatura fantástica latinoamericana constituye una extraña y feliz conjugación de mitos autóctonos, tanto indios como negros o criollos, y cosmopolitismo, siendo este último factor el que más ha influido en su configuración actual. El principal responsable de la expansión perceptiva propia de las modernas obras fantásticas latinoamericanas, es el argentino Jorge Luis Borges:

[P]or la brecha abierta por Borges se irán colando -e integrando- todos los factores populares, no intelectuales y autóctonos, todos los mundos reprimidos de Hispanoamérica, desde las supersticiones indígenas más primitivas hasta la más actual y activa crítica social. De la unión de aquel cosmopolitismo exquisito y aristocrático con estos elementos telúricos y viscerales -miedo, odio, sangre- ha nacido una estructura... que es íntimamente contradictoria consigo misma, como toda estructura real .

Por otro lado, el prólogo que escribió Borges a *La Invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares, una de las novelas señeras de la ciencia ficción latinoamericana, resulta de suma importancia, pues se trata de una especie de manifiesto de la literatura fantástica y la ciencia ficción argentina, en particular, y latinoamericana en general.

En 1925, el filósofo y ensayista español José Ortega y Gasset publicó un influyente libro titulado *La Deshumanización del Arte*, que contenía algunas ideas sobre la novela y su futuro en hispanoamérica. Según Ortega, la novela psicológica era probablemente la única opción válida, ya que el placer de las novelas de aventuras era inexistente o pueril. Borges se encargaría de demoler estas opiniones. La novela de aventuras, sea de cualquier índole, no se propone, como la psicológica, transcribir la realidad, sino que se trata de "un objeto artificial que no sufre ninguna parte injustificada". Se cree que nuestro siglo ya no es capaz de tejer tramas interesantes, pero ninguna otra época, a decir de Borges, posee novelas de tan admirable argumento como *The Turn of the Screw*, *Der Prozess* o, precisamente, *La Invención de Morel*.

Al final del prólogo hace una especie de declaración sobre el surgimiento de la ciencia ficción en lengua española, refiriéndose a este género como obras de imaginación razonada:

En español, son infrecuentes y aun rarísimas las obras de imaginación razonada. Los clásicos [de la lengua española] ejercieron la alegoría, las exageraciones de la sátira y, alguna vez, la mera incoherencia verbal; de fechas recientes no recuerdo sino algún cuento de *Las fuerzas extrañas* [de Leopoldo Lugones] y alguno de Santiago Dabove: olvidado con injusticia. La invención de Morel (cuyo título alude filialmente a otro inventor isleño, a Moreau) traslada a nuestras tierras y a nuestro idioma un género nuevo .

Aunque Borges se olvida aquí de algunos ilustres y reconocidos autores argentinos y latinoamericanos de ciencia ficción y fantasía, como Eduardo Ladislao Holmberg, Pedro Castera, Amado Nervo, Rubén Darío y Horacio Quiroga, hay que recordar que escribió estas palabras no solamente antes de la era de los descubrimientos de la ciencia ficción de esta zona geográfica, sino, además, cuando imperaba el realismo en las letras de América Latina. No sorprende el hecho de que los autores, especialmente argentinos, que no se conformaban con seguir los modelos anglosajones, hayan tratado de darle una identidad propia a la ciencia ficción siguiendo a Borges y a Bioy Casares.

Hablando de portentos o de "monstruos de la naturaleza", como se bautizó al dramaturgo y poeta español Lope de Vega, en Argentina se descubrió un saurópodo de más de cuarenta metros de largo, quince metros de altura y más de cien toneladas de peso, llamado, con todo el orgullo de la nación y la región que lo vio nacer, *Argentinosaurus huinculensis*; también fue hallado un carnívoro apenas mayor que el

Tyrannosaurus Rex, el Giganotosaurus carolinii, que vino a destronar al tirano del hemisferio norte. En la misma nación, Pablo Capanna ha publicado ensayos sobre Philip K. Dick, Cordwainer Smith, J.G. Ballard y otros temas, que rivalizan con las obras de los principales especialistas en el mundo; igualmente destaca el desaparecido H.G. Oesterheld, máximo narrador de aventuras argentino, y célebre creador del Eternauta, versión futurista de Robinson Crusoe; Angélica Gorodischer, que alguna vez fuera llamada “el Borges femenino”; Carlos Gardini, autor especializado en la ciencia ficción de tema militar, cuyo relato “Primera línea” ganó el primer premio del Concurso Cuento Argentino del Círculo de Lectores, ante un jurado a cuya cabeza se encontraba Jorge Luis Borges, y autor, asimismo, de la impresionante novela *El Libro de la Tierra Negra* (1993).

En Brasil, es digno de renombre André Carneiro por su *Introdução ao estudo da <>* (1968) y por su labor como divulgador de la ciencia ficción en su país; su cuento “A escuridão”, fue convertido en guión cinematográfico por el estadounidense Leo Barrow; en Bolivia, destacan las geniales creaciones fictocientíficas de Hugo Murillo Bénich; en Chile, Hugo Correa, quien fue recomendado por Ray Bradbury para publicar en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, y su “Alter ego” apareció antologado en *Introductory Psychology Through Science Fiction* (1974); en Uruguay hay que tener presente a Mario Levrero y su “trilogía involuntaria”, conformada por las novelas *La Ciudad* (1970), *El Lugar* (1982) y *París* (1979).

En México, basta con recordar a Eduardo Urzaiz, que escribió su propia versión de *Brave New World*, titulada *Eugenia: Esbozo novelesco de costumbres futuras* (1919), trece años antes que Aldous Huxley; y a Diego Cañedo, autor hoy día injustamente olvidado, a pesar de que sus novelas *El Réferi Cuenta Nueve* (1943) y *La Noche Anuncia el Día* (1947) recibieron elogios del humanista Alfonso Reyes, y que en 1972 publicó una novela corta (*El Gran Planificador*), donde utilizó sus conocimientos de arquitectura y urbanismo para advertir sobre las devastadoras consecuencias que tendría en la ciudad de México un gran terremoto, como el que efectivamente ocurrió el 19 de septiembre de 1985.

Otro tema de estudio necesario para los académicos de la ciencia ficción, consiste en el proceso de transmisión de esta literatura de un país a otro -en particular a través de las revistas pulp y de sus múltiples traducciones y adaptaciones-, al igual que el tema de su incorporación y domesticación en las naciones receptoras. Puede asegurarse que no hay escritor latinoamericano de ciencia ficción contemporáneo que, en su juventud, no haya sido fanático o frecuentador habitual de lo producido en los países anglosajones, particularmente en Estados Unidos. Esto, como asegura Mempo Giardinelli, deja sus huellas más allá de que los autores se inclinen después a otros géneros. Al escribir, incorporan a Bradbury, Dick, Clarke o Asimov en busca de una expresión propia, adaptándolos a sus circunstancias. Del mismo modo, autores de primera línea de la ciencia ficción anglosajona, como Gene Wolfe, Michael Swanwick, Terry Bisson y otros más, han tomado elementos de los principales escritores contemporáneos de América Latina.

La nueva generación de historiadores latinoamericanos de la ciencia recomiendan “pensar nuestra ciencia”, modernizando conceptos y términos, y reclamando una originalidad epistemológica, a partir de la cual han conseguido aumentar el terreno de sus investigaciones, descubriendo “la ciencia de Latinoamérica”, entendida como

ciencia en su contexto ; siguiendo este sabio ejemplo, es necesario que “pensemos nuestra ciencia ficción” con el fin de descubrir “la ciencia ficción de América Latina” en el marco de su propio medio social.

Si las incesantes investigaciones de los paleontólogos, que comenzaron a realizarse sistemáticamente alrededor de 1970, han dado origen a lo que se ha llamado el “Renacimiento de los Dinosaurios”, el estudio de la ciencia ficción nacional o regional podría convertirse en uno de los principales medios para comprender mejor el fenómeno de lo se ha convenido en nombrar, con toda justicia, la mitología del siglo XX, y de los siglos por venir.

RADIO TECNICA CANTINA
Gerardo Sifuentes, 1998
MÉXICO



Gerardo Sifuentes Marín nació en Tampico, Tamaulipas, en 1974, pero vive desde niño en Puebla. Es dibujante, guionista y promotor de los comics underground. Estudia ingeniería electrónica en el Tecnológico de Puebla. Ama el montañismo y la exploración, la ciencia ficción y los vampiros. Además de guiones para comics y cuentos, ha escrito una novela inédita de ciencia ficción, enmarcada entre la fantasía y el cyberpunk

Era el fin de la peregrinación.

La iguana tenía rato de muerta, era un cartón viejo, planchado sobre el asfalto del enorme estacionamiento. Se freía a fuego lento, al igual que aquella Caribe roja que llegaba. Ya nadie construía SAM's en medio del desierto, al menos no tan lejos de Hermosillo. Entre la reverberación distinguieron el esqueleto de lo que quedaba de ese supermercado mayorista. Siempre había sido un falso oasis.

"Va-mos-a-va-ler-ma-dres", tarareaba ella mientras bajaba de la Caribe, bailando al ritmo de la música que su discman sin baterías emitía.

El la ignoró, sacando el cuerpo del Tanates para dejarlo al lado de la iguana, para que al menos se hicieran compañía. Lo dejó boca arriba, con el hoyo de la bala expuesto en la frente, pensó que así le hubiera gustado quedar.

Cruzaron el kilómetro cuadrado de chapopote aplanado y líneas amarillas hasta llegar a la derruida cafetería, cuyo único recuerdo era una cabeza colgada a la entrada, maquillada apropiadamente como Ronald McDonald, deleite de un escuadrón de moscas verdesas. Trató de reconocerla antes de entrar, quizás algún fiel que había fallado en la búsqueda de Molinya. Lo único en lo que pudo pensar fue en pedir una malteada de fresa al barman.

Se asomó por el ojo de buey de la puerta, no había clientes, entró con cuidado, jalando a Susana de su huesudo brazo. El interior no era tan fresco como esperaba. Dos ventiladores se movían con fuerza, chirriando. Varias mesas desplegadas de Pepsi estaban repartidas sobre el linóleo sucio, ofreciendo sus tableros de ajedrez pintados para cualquier ocioso. El nunca había visto a alguien usar esas mesas para tales propósitos, y si había alguien debía ser muy pendejo.

El cantinero era de aspecto oriental, coreanojaponeschino, todos eran igualitos, menos los chinos de Hong Kong, esos si eran diferentes, muy cabrones los condenados, por lo que hizo todo lo posible para que se notara la playera de Bruce Lee que llevaba puesta.

"Media Cristina y una chela", pidió al acercarse a la barra, desechando la tentadora idea de la malteada. Susana bailaba sola para disimular su ansiedad. De la minifalda de mezclilla salían sus flacas y pálidas piernas, usando esas botas vaqueras blancas que a él tanto le cagaban.

Su playera blanca Levi's se le pegaba al cuerpo por el sudor. Captó el olor que ella despedía, afrodisíaco, sudor dopado por el cristal que recorría su sangre. Pensó que si le pasaba la lengua por el sobaco se metería un colocón bastante bueno. La idea se la reservó para más tarde.

"Krasnaya Zvezda"

Chela rusa en Sonora, quizás agenciada del SAM's después de que quebrara. Fría y amarga, como

la vida del Tanates. Se acabó la primera botella en su honor. Los rusos, en definitiva, eran mejores con el vodka.

"¿Cómo hablo con Molniya?", le preguntó al oriental mientras éste se disponía a cocinar los cristales, colocando un corcho en la boca de un pequeño matraz con ácido fenólico. La alargada pipeta le daba el aspecto de un elefante sofisticado. "Dejo dicho que nomás habla con alguien si se hizo cita", coreanochinojapones hablaba con un acento extraño, sacó bajo la barra un mechero, lo encendió y comenzó a calentar el pequeño matraz sujetándolo con unas pinzas, "¿Fría o al tiempo?". Las paredes del matraz comenzaron a sudar poco a poco. "Al tiempo", replicó mientras notaba la consola al fondo del bar.

"Ra-dio-tek-nika", Susana leyó fascinada las letras en relieve sobre el plástico negro mate. Se acercó a ella con todo el respeto que pudo. Una funda de plástico azul marino cubría el teclado. Contuvo las ganas de probarla, no se había concentrado lo suficiente para hablarle, y eso significaría el enojo de Molniya, una hermosa artesanía de hardware fabricada en algún lugar de Siberia.

El escogió la pipa de cristal moldeada con forma de perro. Ella prefirió usar la clásica jirafa, como la que el le regalara cuando comenzaban a ponerse de moda, antes de que el Tanates y ella tuvieran sus obsesivas ideas que los habían llevado hasta esa cantina perdida en el desierto, parada obligada para quienes estuvieran iluminados o en aprietos dignos de ser contados por los profesionales. Llevaban poco mas de 48 horas sin dormir, bendita Cristina, nunca un químico supo mejor.

El humo entró en las pipas sigiloso, como si tuviera vida, dando la impresión de ser el alma de esas criaturas de cristal soplado. Dieron pequeñas caladas de la boca de esos animales que parecían sonreír. Ambos concentraban poco a poco su atención a la consola, su razón de estar ahí.

Cuando el cristal abarrotó su sangre pensó en abordar el aparato. La funda dejo caer una cortina de polvo, al menos nadie la había tocado en un par de meses. Lubricó los trodos mientras intentaba descifrar unas instrucciones en ruso escritas sobre un costado

del aparato. Su mente era una licuadora de emociones al máximo. Hablaría con ella, cumpliendo los requisitos que se habían impuesto.

Susana se le adelantó. Arrebatándolos se colocó los trodos en la frente, de su bolsillo sacó los lentes oscuros. Luego nada, quedó quieta por primera vez en una semana, él se sintió seguro. Después de todo era su regalo, y se lo daba con todo el cariño que le tenía a pesar de haberse echado al Tanates. ¿Para qué eran los amigos después de todo?

Pidió otra cerveza. El cristal comenzaba a animarlo, poco a poco olvidaba el calor. Observó como un hilillo de saliva escurría de la boca de Susana. Otro trance, Molniya era buena con eso. Luego la sonrisa en el rostro de ella, de las que casi nunca le había visto desde que la encontrara en aquel chatarrero de Brownsville. Pasó una hora, seis narcos con kalashnikovs entraron a la cantina.

La cerveza rusa era todo lo que había. Lo observaron detenidamente, un sujeto de la ciudad que se había descolgado para prender ese aparato del que quizás nunca sabrían su uso. Un aparato que era la meca para una nueva secta, cierta clase de gente que había estado más allá de la red, si es que algunos creían que había algo más allá del infinito. Decidió matar el tiempo con su pintura en spray, usando la pared más cercana. Pensando en cada palabra que le diría a Molniya, con cuidado, uniendo ideas y formando palabras, recordando línea por línea los programas que usaría si las cosas no salían como esperaba. Su sospecha se acrecentaba en torno a ella. Coreanochinojapones no dijo nada por el spray, quizás por que le estaba haciendo un favor al adornar la seca pared de concreto, o por que de alguna manera sabía que él quería pintar un dragón como el que había visto en los carteles del viejo autocinema, otra vez Operación Dragón.

A la mitad de la obra escuchó un gemido emitido por Susana. Placer. Un orgasmo como nunca le había visto. Ella se desconectó, jadeando, empapada en ese sudor que ahora era mucho mas intenso.

__Habla con ella.__ dijo __Estoy reformada.__ Lo abrazó impregnándolo con su esencia, le ofreció los trodos. Las palabras de Susana le asustaron. Pero él había visto muchas cosas, y después de todo no había ido ahí en balde.

Al colocarse los trodos de inmediato supo que Molniya estaba ahí. La sintió aun cuando se colocó los lentes opacos.

Ahora no veía un templo electrónico como en sus primeras visitas. No había paredes con veladoras de luminiscencia verdosa, ni siquiera los pequeños diamantes que contenían todos y cada uno de los favores pedidos a Molniya. Decían que ella era todo.

__Hola de nuevo.__ Habló ella desde un punto perdido en aquel horizonte. __Susana le disparó al Tanates, ¿por qué?__. El pensó la respuesta. Tal vez la misma Molniya ya lo sabía.

__Celos __, dijo poco convencido.

__Siempre hay historias parecidas de los que vienen a verme en hardware... ¿sabías que no son muchos los que han llegado hasta aquí?

El escudriñó en el horizonte artificial, una enorme pradera con cielo rojizo, buscándola, aunque sabía que ella no tenía forma propia, sólo un rostro del que se contaban muchas cosas, parecido a Madonna. Decían que ella era todo, o al menos los más fanáticos.

__Cuéntame de tu peregrinaje __, la voz sonó con aire imperativo.

__Salimos de Austin, y nos siguieron hasta Reynosa, ellos, los del gobierno... ahí fue donde... tu presencia nos ayudó.

__No crees en mí, ¿verdad?

Sintió la cabeza oprimida por un enorme puño invisible, que quizás quería exprimirle hasta la última neurona sana que le quedaba, y no eran muchas. En realidad no era creyente, simplemente había sido empujado por Susana y una apuesta personal.

__En realidad no. No creo en un dios que habite entre cables y frecuencias... bueno, los pasaportes sirvieron. En el hotel el Tanates se quizo fajar a Susana, en ese momento apareciste en el televisor, entre las escenas de una película porno. Apareciste en forma de un racimo de uvas gigante bañado en el semen del actor principal, y tu rostro, o al menos el rostro del que todos hablan, estaba en cada uva. El Tanates creía en ti, era de la secta desde hacía un año y Susana se convirtió en ese momento. Decías que tenían que ayudarte para ver la fecha del fin del mundo.

__Al conectarte en Monterrey platicamos bastante sobre eso.

El lo recordó. Mientras descifraba en aquel momento el mapa que robaran de aquella base de datos militar. Pensaba en dinero, en el cementerio de desechos del ejército escondido en algún lugar de Sonora, lo que podría vender y largarse de vuelta a la ciudad de México.

En el extremo superior de su visión había un anuncio, PAUSA, con cuidado se quitó los lentes, y sintió como la piel de su nuca se quemaba con un trozo de hielo que Susana le colocaba. Miró a su alrededor, había llegado más gente, rancheros y más narcos de la zona. La noche había caído, no se había dado cuenta que habían pasado dos horas. Todo semejava un sueño.

__¿Hablas con ella?__ Los ojos de Susana, vidriosos por la acción del cristal, se abrieron de manera poco común. Estaba extasiada, aún no se recuperaba de la experiencia.

__Falta poco para tu siguiente regalo__ exclamó con sequedad mientras volvía a colocarse los trodos.

Ahora el escenario era un chatarrero que se extendía al infinito. Carcasas de automóviles oxidados formaban montañas y valles, y sobre el toldo de un volkswagen que en algún tiempo había sido verde pistache estaba ella. Le recordó su infancia.

Ella, desnuda, la piel pálida y los ojos esmeralda. El sintió cercano a esa presencia, a su mente. El cabe-

llo negro de Molniya comenzaba a alargarse poco a poco, Rapunzel en bytes, serpientes oscuras que se enredaban en sus sentidos.

__¿Hasta donde llega tu poder? __Preguntó mientras intentaba descifrar la estructura que le rodeaba, que le hablaba.__¿Hasta dónde cómo para que puedas darte el lujo de hablar del fin del mundo?

__Te puedo ver donde quiera que estés. Estoy en todos lados, no puedes esconderte de mí, soy omnipresente. Escucho lo que dices dentro y fuera de la red. ¿No soy algo parecido a lo que suelen adorar?

__Muchos te siguen. No lo comprendo. Tal vez seas esperanza, últimamente temen conectarse sin pedir tu bendición.

__Lo sé. Porque en algún momento fui temida por el mundo entero, para luego ser olvidada por mucho tiempo. Y pensar que el destino global dependía de mi estado de ánimo...

__¿Servías antes a alguien?

__Sí. Organizados, yo era su poder, me cuidaban y protegían en los diferentes templos que me tenían dedicados. Pero era tan bueno que no podía durar.

El olvidó lo que había preparado con anterioridad. La serie de preguntas y ecuaciones se le borraron de la mente. Ya no era dinero lo que seguía, solo el resolver dudas.

__Todos vienen a pedirme un favor especial. ¿Cuál quieres?

__Dos favores.__ Se aventuró a decirlo.

__Yo no pongo precio si sabes servirme como se debe. De acuerdo, dos deseos.

__Quiero ver con tus ojos.

Su corazón pareció detenerse ante el vértigo del salto. Ahora él estaba en ella.

Y pudo ver con los ojos de Molniya.

Primero una oscuridad espantosa que lo comía. Con una vista de monitor al que se le ajusta lentamente el botón de brillo pudo ver estrellas, miles de ellas dispersas, como si un gran vidrioespejo se hubiera fragmentado en sus unidades mínimas. Se maravilló, extendió su brazo para palpar lo imposible. Se sentía ahí, con el frío del espacio colándose por entre sus huesos. En realidad Molniya vivía en el cielo.

__Así veo.__ Se escuchó la voz de ella a sus espaldas. __Y así te veo.

Bajó la vista lentamente. El planeta le resultaba familiar. La sensación de vértigo volvió.

Los ojos de Molniya iniciaron un descenso sobre la atmósfera, penetrando entre gases y nubes, analizando sus componentes en fracciones de segundo, almacenando los datos en una memoria de hacía muchas décadas.

Y vio la cantina. Y penetró entre la bovedilla del techo. Ahí estaba Susana, conversando con coreanochinojaponés y varias botellas vacías de Krasnaya Zvezda en la barra. Había más gente en el local. El estaba sentado, frente a la consola marca Radiotekhnika, conectado. Sintió un escalofrío, y observó como su cuerpo lo resentía. Un par de gringos trailers le observaban como a una curiosidad. Toda esa visión era en blanco y negro, un filme noir que rebasaba su imaginación. Escuchó la conversación de Susana, quien comentaba su experiencia a un aburrido coreanochinojaponés. La voz nítida, las imágenes a detalle.

Sin previo aviso regresó a las estrellas. Y luego, en un parpadeo de interferencia electrostática, regresó al chatarrero con Molniya.

__¿Te agradó?

No supo contestar. Sabía quien era Molniya.

__Susana cumple años __dijo__. Le prometí traerla hasta aquí como regalo. Esta loca la cabrona, mucho cristal en poco tiempo, se ha cocinado muchas neuronas, pero así es feliz y así la quiero. Se convirtió a esta religión, lo que no habla muy bien de su salud mental. Solo quiere que el mundo se acabe, según lo pregonas.

Y sacó de sus archivos un viejo mapa mundi, con países que ya nadie recordaba. El que examinaba en Monterrey en el momento de su primera charla con Molniya. Una vieja y olvidada base de datos saltó de un rincón perdido en una ciudad cercana a Leningrado. "Tan fácil como armar una pinche Atari", recordó la frase del Tanates mientras colaba.

Molniya lo miraba con tristeza, era más vieja y sensible de lo que muchos se imaginaban, pero en especial era vulnerable, aunque muchos nunca se habían atrevido a analizar su génesis por temor a ella misma. Molniya ya no tenía el control de la situación.

Una serie de veintiún dígitos apareció frente a su visión, y esa palabra en alfabeto ruso: nash; uno de los tuyos.

Molniya inclinó la cabeza.

__Orden recibida... ¿cual es el último deseo?

En realidad el último deseo ya lo había pedido al darle ese código.

__Que bailes, que te diviertas danzando... __y pronunciando esas palabras su incursión se interrumpió.

El zumbido en sus oídos era insoportable. Estaba en el suelo, y sobre él Susana, quien empuñaba su pistola automática mientras mentaba madres. La Radiotekhnika que coreanochinojaponés se había llevado de aquel cementerio militar estaba casi despedazada. En el centro de la cantina varios narcos se desangraban, otros habían huido, y un trailero gringo hablaba en voz alta pidiendo ayuda.

"Madriza de cantina..." Susana siguió hablando, pero él no la escuchaba. Pensaba en Molniya, en su último deseo, antes que ella hiciera el trabajo para el que había sido inventada.

Molniya no era un dios. Era una mente artificial antigua que se había salido de su rutina, que había aprendido de más después de tantos años. Molniya no era una sola. Era el nombre de varios aparatos soviéticos con aspas que rodeaban el planeta en órbitas desde los años ochenta, en silencio, escuchándonos, esperando una orden para hacer que todo lo que estuviera al oeste valiera madres en minutos. Pero había sido olvidada, y con eso también su identidad, así que había tenido que inventarse una. Los satélites eran pequeños dioses hechos para cuidarnos o mandarnos al carajo a placer.

Salieron al oscuro estacionamiento, callados. El cadáver del Tanates ya no estaba donde lo habían dejado, tampoco el de la iguana. Un foco rojo era lo único que anunciaba la presencia de la cantina a lo lejos.

"Se fueron a pasear" exclamó Susana.

Se acostaron en el asfalto a escasos metros de la Caribe, observando el estrellado cielo. El trataba de imaginar la soledad de Molniya, tan cerca de un dios que quizás no existía y que intentaba reemplazar, y que tenía el poder de uno, hasta de acabar con el planeta si se lo pedían adecuadamente.

"Feliz cumpleaños" dijo él.

Y la danza comenzó. Tres puntos luminosos cruzaron paralelos el cielo nocturno, coordinados, manteniendo una amplia distancia entre ellos. Unos minutos después otros dos pasaron casi por la misma dirección. Al horizonte uno de ellos apareció por segundos, para después tomar una tonalidad roja y desaparecer. Los satélites eran extremidades de Moliniya, ella era el centro de todo, del fin del mundo.

"En veinte minutos..." exclamó él, "...van a llover misiles en varias ciudades de este pinche mundo." Ella, fascinada por la danza, sonrió de forma maliciosa y lo besó en la mejilla.

"Nunca me habían regalado algo así en mi cumpleaños", ella encendió un Camel sin filtro mientras observaba otros satélites rezagados que seguían cubriendo órbitas desencadenadas.

"¿Crees que se pueda ver algún hongo nuclear desde aquí?"

El negó con la cabeza, pensó de nuevo en Molniya, en el fin del mundo, como lo había soñado desde su infancia, y lo único que pudo concluir era que necesitaba otra cerveza rusa en medio de aquel desierto sonoreño.

Fin del ciclo satelital ago 97 abr 98
Hommie-Satelites-Radiotekhnika

(C) Gerardo Sifuentes

NEUROFEEDBACK

Mauricio Absalón



I.P. / persona / 101.321

...el puño en la quijada. Nuestro codo cruje al asimilar la presión del antebrazo y sabemos que cuando eso pasa es un knockout. El secuestrador suelta la navaja y cae boca abajo. Dos hombres se nos aproximan por ambos lados, saltamos, un giro de gancho y nuestra bota golpea una nuca mientras los nudillos revientan un tabique nasal. Los hombres yacen en el cemento del almacén. Una bala perfora el embalaje detrás de nosotros, muy cerca del hombro derecho. Sacamos la glocky al tercer tiro le volamos los sesos al francotirador de la grúa. Las cajas rompiéndose en la caída atenúan el crujido de los huesos del tipo. La operación secreta dejó de serlo. Una cortina del almacén se levanta y entran los comandos federales. Nos saludan con gesto militar: Buen trabajo, oficial Stransky.

Situación controlada. Nuestro corazón late aprisa, respiramos profundo un par de veces. Más tranquilos miramos el piso, levantamos la navaja. Un trofeo. Caminamos fuera del almacén, hay papeleo por hacer. Los federales sacan a dos secuestradores esposados, los paramédicos varios bultos cubiertos por sábanas blancas. ¿Se movió ese cadáver? No, seguramente estamos ansiosos.

Subimos al Interceptor. Rugen diez cilindros bajo el cofre negro. Nos vamos a casa, que otro oficial haga el papeleo.

Log-off... / Neurodevicedisconnected

Me tiro al sofá, estoy rendido por la misión. Antes de que me quede dormido consulto el monitor para saber cuántos usuarios se logearon a mi interfase. Bien, casi dos millones. Si no fuera por los créditos que deja el broadcast no me alcanzaría para nada con el salario de agente federal. Mi persona-reality es el I.P. más visitado en la red.

Aún hay más de cincuenta mil logeados percibiendo a través de mí como no hago nada. Oprimo el control remoto del reloj en mi muñeca y apago el broadcast, estoy off-line. Nunca pensé en ser famoso. Debe de ser porque las misiones se han vuelto peligrosas, aún así, nunca me han herido. Aunque... hoy estuvo cerca. Ese disparo. Me distraje.

Algo me molesta en la bolsa de la chamarra, es la navaja. Miro el brillo del metal; extraño, no parece tener filo. ¿Cómo pensaba herirme con esto? Cuando visite a Andoni le pediré que la afile, sabe mucho de cuchillos. Me quito las botas con los talones, está vencíendome el sueño.

—Nadie debe saberlo comandante, y menos él.

—Pero desperdiciamos a uno de nuestros mejores agentes en su circo multimedia.

—No olvide que nuestra compañía, ese circo que usted dice, subsidia el 80% de su presupuesto.

—Está bien, pero... ¿Utilizar a un agente verdadero? Apenas le queda tiempo para las misiones reales. ¿Por qué no contratamos a otro actor?

—No funciona así. El público ama el concepto persona. Alguien común y corriente que viva experiencias fuera de lo normal. El reality.

—Pero todos los demás son actores, los disparos y explosiones, efectos especiales. ¿No podríamos decirle que sólo es un show? Últimamente lo hemos notado ansioso.

—No comandante. Los patrones neuronales cambian cuando se actúa. El público sabría que es una farsa. Además su agente no corre ningún peligro real.

—Salvo un colapso nervioso, un día de estos, por ejemplo.

El videoteléfono me ha despertado. Es Andoni. No debería tener arreglos con hackers, pero es la única forma de conseguir conexiones ilegales. ¿Estoy off-line? Sí. Andoni me ha citado para ser mi Guía en El Último Reducto.

Me quito el uniforme, los Cromos no son bienvenidos ahí. Tomo la chamarra de cuero y los pantalones de mezclilla. Escondo la glock en mi tobillo y dejo holgadas las hebillas de la bota, uno nunca sabe.

Necesito autologearme... ojalá Andoni me consiga un buen server, uno rápido.

—¿Cuántos retiros de persona-reality se hicieron el mes pasado?

—Cincuenta y tres, todos por autologeo.

—Lo que hay que hacer es retirar a los Guías, son una escoria.

—¡Hey! Hemos retirado casi todos los anfetás, diseñadores y traficantes. Si hay un nuevo vicio es por el broadcast y la ansiedad que produce.

—Tú retira a los guías, cada I.P. que cancelamos es inversión perdida.

—OK, tal vez necesitemos algo de hightech, digamos nuevos rastreadores.

—Negocios, estamos haciendo negocios aquí. Mándanos una solicitud, te daremos lo que pidas, es preciso acabar con el neurofeedback.

—No sé, alguna opción para colocarse tiene que tener la gente. Ya no hay drogas en la calle.

—Pues dejen circular algo de anfetás, el juego del autologeo le sale muy caro a la compañía.

La música suena bien, algo de los Velvet Underground. El anacronismo de este bar me gusta, todo sucede aquí al mismo tiempo. En la barra del Último Reducto me saluda un tipo, me reconoció del broadcast. Le digo que yo no soy Stransky y se deprime, no sin antes echar una ojeada detrás de mi oreja. ¡Pobre imbécil! Como si la inserción del neurotransmisor dejara cicatrices. Debo evitar verme en los espejos cuando estoy online, o tal vez solicite la descarga de la versión 3.7, cada usuario verá su cara en lugar de la mía con la 3.7.

Me llevo la cerveza al sótano. Andoni ya debe haber llegado. Bajo las escaleras y un neopunk me pide anfetás, lo empujo sin mirarlo. Jodidos junkies, creen que las cosas se pueden conseguir tan fácil. El pasillo es largo y las tenues luces parpadean, el neón se les escapa. El piso está minado por cuerpos alcoholizados. Al final del pasillo, junto a la puerta, dos darkies se devoran, no logro identificar a la mujer, creo que ninguno es mujer. Golpeo la puerta; un gorila rastafari abre, me pide contraseña. —Que se jodan a Marley por el culo. —Hubiera preferido decir "cojan", pero así es la contraseña. El gorila me deja pasar, indignado seguramente por la frase, pero es ese el estilo de Andoni; nadie insultaría al rastafari intentando adivinar la contraseña. Debajo de una lámpara mosqueada está el reclinable, el viejo cuero pardo con marcas de uñas. Detrás del server, Andoni y su media sonrisa parestésica producto del mal diseño de anfetás. Me saluda y entrega el boucher electrónico. Deslizo mi tarjeta y me dejo caer en el reclinable. ¡Te vas a quedar sin un centavo, Cromo!, dice mordaz Andoni, arrastrando las palabras. Sólo conéctame, y no me llames Cromo, etarra de mierda. Andoni no se molesta, nunca he logrado hacerlo enojar. Al acomodarme en el reclinable saco la navaja, se la entrego a mi Guía. ¿Podrías afilarla mientras estoy conectado? Él guiña un ojo y enciende el hub. En el server teclea rápido como el demonio, consigue un feedback con medio segundo de atraso únicamente. Me logea a mi propio broadcast, Andoni es de los mejores guías del neurofeedback, en un segundo estoy dentro de mí...

La visión de casa de espejos y la cacofonía de sonidos, mover las manos dejando una estela. Repetición, repetición, repetición. Andoni se multiplica por infinito convirtiéndose en una línea que escapa de la visión periférica. Cierro los ojos para concentrarme, me observo observándome, me vuelvo neuroconciente. Todo es un túnel de mí, viajo dentro de la mente y cada cuestionamiento nuevo se reproduce en copias que se disuelven detrás del túnel. Cada darme cuenta de algo, cada saber qué pasa explota en euforia repetida, si intento pensar rápido logro poner en pausa mi mente, las ideas se atropellan a sí mismas y se vuelven ininteligibles. Entonces el blanco y el eco, el feedback de la conciencia. El último pensamiento se vuelve eterno...

—Disculpe que lo llame tan tarde, tenemos un problema logístico.

—¿Qué necesitas?

—El caso de los traficantes está listo, pero no hemos conseguido stunts para la volcadura.

—¿Entre tantos agentes no tienes un buen conductor?

—No queremos involucrar oficiales en el broadcasting.

—Te mando un piloto. Ustedes preparen bien el auto, no queremos que Stransky se lastime.

—Eso no es problema, lo difícil será convencerlo de que él no maneje.

—Nosotros nos encargamos, el piloto será convincente... Adecuado al patrón de Stransky.

—Es su espectáculo, ustedes saben... ¿Viernes a las diez? Se arruinará el fin de semana.

—Es el horario de mejor audiencia. Recuerda el presupuesto, tus juguetes salen caros.

—El viernes entonces, estamos en contacto.

Estoy cansado, pensaba ir a El Último Reducto pero tenemos una misión. Me asignaron una compañera nueva, me gusta, la he dejado conducir. Si acabamos temprano le pediré que me acompañe al bar.

—¿Te has autologeado alguna vez? —La pregunta de Jessica me pone nervioso, estoy on-line.

—No, nunca.

—Me pregunto cual será la sensación, estar dentro de uno mismo.

—Supongo que como cualquier droga.

—Pero no causa adicción. ¿O sí?

—Todo causa adicción. ¿Cuántas horas le dedicas al trabajo? Lo importante es qué tan peligroso pueda resultar.

—El neurofeedback mata.

—Si el tiempo de retroalimentación es muy corto, sí. Entonces el cerebro se fríe.

—Ese es el problema, dicen que el efecto neuroconciente se incrementa cerca del límite.

—Eso dicen... ¿No se encendió una luz en el segundo piso? —Desvió la conversación y señaló al fondo del callejón. Jessica toma los infrarrojos y observa, mantiene la respiración y abre imperceptiblemente la boca. Me gusta el gesto de anticipación en su cara.

Estamos esperando que terminen una transacción. Debemos seguir al deportivo cuando el negocio se haya concretado. Sin pruebas no podemos enlazarlos, aunque lo más probable es que los matemos a todos. Siempre es así. Jessica no deja de fumar, tamborilea los dedos en el tablero, no se ha desabrochado el cinturón y me ha pedido que yo tampoco lo haga. Creo que espera acción en el vehículo. Yo también aunque preferiría conducir...

Broadcast... login... access

...en la curva derrapa nuestro auto, la inercia nos lanza contra la puerta. El CLK se aleja en las curvas pero nuestro Interceptor tiene mucha potencia y en las rectas le damos alcance. Hemos salido de la ciudad y nos acercamos a los depósitos de basura. La velocidad nos enciende, los ojos azules de Jessica concentrados en el camino y sus brazos angulosos controlando el volante también. Sacamos la ametralladora por la ventanilla mientras Jessica comienza a defenderse al CLK. Los traficantes se agachan bajo la lluvia de astillas de los cristales en su auto. Las detonaciones repetidas en nuestra arma crisan los tendones del brazo, el CLK es ahora una coladera.

—...creo que omitimos un detalle. Estábamos revisando los neurofiles y...

—¿Cuál es el problema comandante?

—Olvidamos retirarle una navaja a Stransky que recogió en el evento del almacén. No sabemos si aún la porta. Escribió su nombre con ella en el locker, no es su actitud regular.

—Enterado, tomaremos precauciones...

Dentro del depósito las paredes de basura me recuerdan el Gran Cañón. Jessica se empareja con el auto de los traficantes, en uno de los choques he perdido la metralleta. El Interceptor es mucho más pesado, no entiendo por qué Jessica no logra sacarlos del camino que se está estrechando. Miro el velocímetro, 140 Km/h, cuando alzo la vista apenas alcanzo a cubrirme el rostro. Nos impactamos contra un contenedor y volcamos.

Los refuerzos del Interceptor evitan que se aplaste el toldo. Cuando dejamos de dar vueltas suelto el cinturón, caigo al techo y me arrastro por el hueco del parabrisas. Un traficante viene hacia mí con un bat, con un movimiento de judo lo desarmo y lo golpeo con el mismo bat. Extrañamente la madera se rompe en el primer golpe. Él ha quedado inconsciente. Escucho un grito y giro la cabeza. Un tipo sujeta a Jessica. Busco la glock en mi tobillo, no está, debe haberse caído en el accidente. El vértigo de un recuerdo me enciende la sangre, traigo la navaja en el bolsillo, la navaja que afiló Andoni.

...acechamos detrás de unos tambos, el traficante sostiene a Jessica de frente, la abofetea. Nos acercamos sin ser vistos. Estamos a dos metros de la espalda del maleante, sacamos la navaja. La luna salpica reflejos en el frío metal...

—...rápido, conéctenme al intercomunicador de Jessica... Escucha, él trae un arma real...

—¡Detente, Stransky! —grita Jessica justo cuando estoy saltando sobre el traficante. Sin entender que pretende, sin poder frenar en el aire, hundo la navaja en la espalda del hombre...

...nunca habíamos matado así; la sangre sobre las manos, la respiración del hombre disminuyendo. Un disparo a distancia no se compara con esto; la resistencia de la piel y el momento en que cede al metal, escuchar gorgoros del pulmón perforado. Estamos excitados, la mente se nos nubla... Jessica está de rodillas frente al cadáver, llora.

Log-off / new rating record

—¿Cómo está la chica?

—Mejor, la mandamos de vacaciones. ¿Asuntos internos ya los dejó en paz, comandante?

—Sí, supongo que ustedes tuvieron que ver en eso.

—Es preferible que no suponga nada a menos que se trate del paradero de Stransky.

—No lo sabemos. Después de participar en la clausura del bar llamado Último Reducto desapareció.

- ¿Crees que sospecha algo? Si es así urge localizarlo.
- No sospecha nada. Lo separamos a tiempo de la mujer. Sólo se fue.
- Bien, nosotros también tenemos gente buscándolo. Regresando al asunto del bar, ¿consiguieron atrapar al Guía que operaba ahí?
- No. Escapó. Alguien debió advertirle.
- Parece que sólo en el broadcast la policía atrapa a los malos.

Andoni abrió la puerta de la cabaña y me ayudó a bajar los maletines del jeep. Desempacamos el equipo y lo conectamos. Sentado en una vieja mecedora comencé a relajarme.

- ¿Estás seguro, Stransky? No sé bien qué pueda ocurrir.
- Logéame, un microsegundo de feedback. Y ya sabes, pase lo que pase, cuando sea neuroconciente me debes conectar a la red.
- Muchos cerebros se van joder en el broadcast Cromo, además del tuyo.
- El broadcast nos jodió hace tiempo, Andoni.

Mauricio Absalón nació en la Ciudad de México en mayo de 1973. Se sintió atraído por la literatura y el cine de ciencia ficción y terror desde muy joven, aunque siguiendo la mejor tradición en la materia ejerció las más diversas actividades: trabajó en un parque de diversiones, como técnico en urgencias médicas en ambulancias y salas de emergencia, de ingeniero de grabación en un estudio de producción musical. Supone que de esta extraña combinación le surgió un fuerte interés por la relación cuerpo-máquina, la biomecánica: el androide y el cyborg. Actualmente estudia en la escuela de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM) y da clases en el área de Expresión y Apreciación Artística (Fotografía y guión de cine y televisión). Nunca antes había publicado.

TLALLIN (Susan on the West Coast waiting)

Gabriel Trujillo



Susana se quedó mirando las volutas de su cigarrillo y pensó que ninguna clase de meditación trascendental la libraría de un vicio tan arraigado, de un hábito tan suyo. Cerró los ojos y volvió a dejar que sus pulmones fueran invadidos por el humo azulino en que vivía envuelta desde su ya lejana adolescencia. Era la hora cero, el limbo de las tres de la tarde, cuando el sueño estaba a punto de vencer y sólo un cigarrillo podía mantenerla medio despierta.

—¿Qué te parece? —resonó la voz de Cuca, la capturista.

Susana pensó, aún con los ojos cerrados, que tendría que dar su opinión sobre una pulsera recién comprada o un nuevo lápiz labial en pleno estreno. Pero al abrirlos su mirada se topó con un periódico vespertino y el encabezado a ocho columnas que no podía ocultar el amarillismo de los directivos: ¡Atentado pavoroso: la sociedad pide venganza!

—¿A quién mataron ahora? —preguntó por no dejar, y también por no dejar tomó el periódico y lo depositó sobre el escritorio.

—¿Que no has oído las noticias? ¿Y el radio que tienes allí para qué te sirve? —respondió, indignadísima, la Cuca.

—Lo apago en cuanto ustedes se van.

—Para dormir mejor, supongo.

Susana no pudo contener la risa.

—Ecole.

—Pues te estás perdiendo de la noticia del año.

Y la Cuca manipuló el aparato y dejó que la voz del locutor inundara la sala de cómputos del Instituto de Investigaciones Arqueológicas de la Frontera Norte, en Tijuana.

—...Como hemos dicho, todavía no tenemos una declaración oficial por parte del gobierno sobre estos sucesos lamentables. Nuestro compañero, Cesar Díaz, está en el lugar de los hechos y desde allá nos informará. Cesar, ¿cómo esta la situación en el Zócalo? Te escuchamos.

La voz del corresponsal se oyó distorsionada y revelaba que a su alrededor reinaba el caos.

—Mira, Manuel, mira. Estoy en la calle Madero, a tres cuerdas del Zócalo. Esto está que arde. Y lo digo literalmente. La bomba que explotó aquí tuvo efectos devastadores. Como el público que nos ha estado siguiendo, es evidente que...

La voz del comentarista cortó la señal.

—Bueno, este, bueno, queridos radioescuchas, hay que hacer hincapié en que aquí se desconocen las causas reales, comprobadas, de esta tragedia. No sabemos todavía qué sucedió realmente. Vamos a unos mensajes comerciales y en unos minutos regresamos.

Susana se puso a leer el periódico para conocer más detalles, pero no tuvo suerte. Al parecer la información había llegado a la redacción del vespertino a última hora y sólo era un párrafo que hablaba de una explosión que cimbró el centro histórico de la ciudad de México, dejando centenares de muertos y heridos. En ninguna parte se especificaba la causa, pero se especulaba sobre un posible atentado terrorista.

—¡Susanota! ¡Ven acá!

El grito de Cuca la hizo reaccionar y pensando lo peor corrió a reunirse con su compañera de trabajo. Pero no encontró la caja envuelta con papel para regalos y un moño rojo, como la Susana pensaba que se estilaba ocultar una bomba, sino a Cuca repatingada en el sillón del director y viendo la televisión que había sacado de la sala de juntas.

—Te estás perdiendo lo que ni te imaginas —gritó Cuca como si Susana aún estuviera a diez metros de distancia.

—¡Ya cállate y déjame oír! —respondió ésta del mismo modo.

Pero Cuca estaba absorta en las imágenes transmitidas, según decía un pequeño letrero en la pantalla, desde un helicóptero de la Dirección de Protección Civil.

—¿Son imágenes de ahorita? —preguntó Susana.

—Sí.

—¿No estarán repitiendo?

Cuca negó con la cabeza.

—¿Hubo otra explosión reciente?

Cuca volvió a negarlo.

—Entonces, ¿por qué tanto polvo y tanta niebla gris sobre el sitio de la explosión? Ya deberían haberse asentado.

—Es cierto —dijo la Cuca—. Esto está raro. ¿No será a causa del smog? Ya sabes que a los chilangos les encanta el humo y la contaminación.

Susana se acercó a la pantalla del televisor y puso atención a las palabras del periodista que iba en el helicóptero y sobrevolaba la zona de desastre.

—Desde esta altura sigue siendo imposible distinguir los efectos de la explosión. Una nube gris metálico parece haberse posesionado de un área que abarca dos o tres cuadras más allá del Zócalo capitalino. Trataremos de acercarnos más y ver mejor.

En ese instante un relámpago iluminó toda la pantalla y luego, como si la cámara se hubiera fundido, dejó a oscuras la televisión por un instante. Un locutor de traje negro y gestos parsimoniosos apareció, como él mismo lo dijera, para informar desde los estudios de su cadena noticiosa y leyó con calma el comunicado de la secretaría de Gobernación con respecto a los sucesos del día:

"A la ciudadanía en general, al pueblo mexicano en su conjunto, se le informa que hoy, a las 11:45 de la mañana, ocurrió una explosión en el Zócalo, destruyendo buena parte del centro histórico y creando un incendio incontrolable hasta este momento. Las brigadas médicas, policiacas y de bomberos no han podido alcanzar el Zócalo. Se cree que éste se halla completamente destruido, incluyendo el Palacio de Gobierno, la Catedral Metropolitana y el Templo Mayor. No se ha podido establecer contacto con el presidente ni con su gabinete, el cual se hallaba en Palacio Nacional en una sesión plenaria. Debido a lo anterior y tomando en cuenta la posibilidad de nuevos atentados, se ha creado un comité de contingencia con el presidente de la cámara de diputados, el presidente del tribunal superior de justicia, y el general segundo de la Secretaría de la Defensa Nacional, así como varios senadores y representantes de los principales partidos políticos. Este Comité ha decidido las siguientes acciones:

- 1.- Toque de queda a partir de las 8 de la noche de este día hasta que se normalice la situación en la ciudad de México.
- 2.- Se suspenden labores en oficinas e instituciones públicas y privadas que no tengan relación con acciones de rescate, defensa y comunicaciones.
- 3.- Se instrumenta un operativo de seguridad que implica cierre de aeropuertos y centrales camioneras, así como el control de prensa hasta nuevo aviso.
- 4.- Todos los mexicanos estarán pendientes de los comunicados que este Comité irá dando a conocer cada hora y los acatará en nombre de la seguridad nacional.

Mexicanos, en esta hora difícil, les pedimos su apoyo a estas medidas transitorias. En cuanto se tengan noticias sobre la situación se les irán comunicando por este medio y en cuanto se obtengan datos precisos sobre la suerte de nuestro señor presidente, se volverá al orden constitucional".

Comité Nacional de Contingencia.

—Fueron los narcos, segurísimo —estalló la voz de Leonardo Ibarra a espaldas de Susana—. ¿Cuánto quieres apostar?

La Cuca quiso levantarse del sillón del director del Instituto, pero Leonardo ni siquiera prestó atención a ese detalle. Su mirada seguía fija en la pantalla que ahora mostraba los intentos de una brigada contra incendios por subir una montaña de escombros ardientes.

—Pobres gentes —dijo la Cuca—. Puras cenizas quedaron. Esto es peor que lo de Guadalajara.

—Esto ya es Colombia —rectificó Leonardo, quien se sentó en su sillón y le pidió a Cuca una taza de café—. La guerra total, ni más ni menos.

—Pero no me embona —dijo Susana, más para sí que para su jefe.

Este volteó a mirarla con el ceño fruncido y Susana recordó que a Leonardo no le gustaba que lo contradijeran o destruyeran los "brillantes" marcos teóricos que creaba. Trato de argumentar lo que no encajaba en aquel rompecabezas.

—No sé. Falta mucha información. Se ve que no tienen testigos de la explosión. Incluso, yo creo que ni saben qué clase de explosión fue o cómo ocurrió.

—Un coche bomba, segurísimo —respondió Leonardo.

—Ningún coche bomba destruiría un kilómetro a la redonda. Recuerda que la mayoría de los edificios del Zócalo son muy antiguos, de piedra y no creo que pudieran quedar hechos pedazos así de fácil.

Leonardo agitó las manos en el aire antes de contestarle.

—Bueno, sí. Pero qué tal si fueron varias explosiones en cadena, digo, si nos vamos a poner a especular.

Susana no pudo ocultar su cara de incredulidad. La Cuca entró en ese momento con la taza de café para Leonardo.

—¿Y tú, cómo piensas que fue? —preguntó éste a Cuca.

—Pues una explosión, ¿no?

—¿Pero cómo? Yo digo que fue un coche bomba y Susana dice que debió ser algo más violento.

—Tal vez —aventuró la capturista— la pusieron en el Metro, y cuando estalló se vino abajo todo el Zócalo.

—Pero, ¿qué pusieron en el Metro? —preguntó Susana.

—Una bomba —dijo Leonardo.

—O un misil, como en esa película que vimos en el cine club —añadió la Cuca.

—Esto es pura y vil especulación —estalló Leonardo—. Antes de emitir juicios aventurados, necesitamos datos.

—No es aventurado decir que acabamos de perder el corazón histórico de nuestra nación —dijo Bernal Ochoa, arqueólogo defenido que apenas tenía tres meses viviendo en Tijuana y un mes prestando sus servicios en el Instituto, y que en ese momento entraba a la sala de juntas.

—¿Quiere decir a nuestro señor presidente? —preguntó la Cuca muy apenada.

—¡No! Quiero decir el templo mayor, la catedral, el palacio nacional y todos esos edificios llenos de historia patria, que son...

—Pues cuando yo fui el año pasado —le interrumpió la Cuca—, sólo me encontré con vendedores ambulantes, chavos banda y mercancías gringas y japonesas. Purityta historia patria, ¿no?

—¡No discutan y escuchen! —arguyó Susana.

En el televisor, la imagen de metales retorcidos y ardiendo era lo único visible. La voz en off de un locutor anónimo daba a conocer la suerte del reportero que iba en el helicóptero caído.

—Otra víctima más del holocausto capitalino. Todo empezó hoy, a las 11:45 de la mañana, cuando los habitantes de la ciudad de México percibieron un estallido y un movimiento trepidatorio que confundieron, por un momento, con los signos de un terremoto como el de 1985. Pero al percatarse de su brevedad y del silencio apabullante que siguió a la explosión, los capitalinos salieron a las calles y descubrieron, horrorizados, una inmensa nube de humo en pleno centro de la ciudad. De la hipótesis primera de un terremoto, se pasó a una explosión por gas, como la de Guadalajara, y poco después se difundió la versión de un atentado terrorista. Hasta este momento ninguna de estas hipótesis ha podido ser comprobada. Aunque tampoco ninguna ha sido desmentida.

Una muchacha joven entró a cuadro. Rubia y de pelo cortísimo, repitió el comunicado del Comité Nacional de Contingencia. Cuando terminó, otro periodista entró a escena. Se movía frente a la cámara mientras un humo espeso lo envolvía.

—Los hechos desconciertan hoy a todos los mexicanos, así como las causas de una tragedia de tan hondas consecuencias para la nación entera, que aún sigue sin explicación plausible y, lo más inquietante, el que esta explosión, a tantas horas de ocurrida, continúe siendo incontrolable. Sabemos que más de cien bomberas, dos mil policías y bomberos y varias brigadas de auxilio inmediato del ejército mexicano se hallan trabajando entre las ruinas, pero ninguno de estos elementos de socorro, repito, ninguno de ellos ha logrado llegar hasta el Zócalo y ver lo que realmente ha sucedido. Nuestro compañero periodista, Silvano Montiel, murió intentando captar imágenes del centro de la tragedia. Y todo en vano. ¿Qué podemos pensar de todo esto? Hemos consultado a expertos en atentados y desastres naturales y nadie parece tener una respuesta a estos interrogantes. Todo sugiere que...

El locutor, nervioso en grado extremo, detuvo su perorata y escuchó lo que alguien le decía a través del audífono que le colgaba del oído derecho.

—Deberían poner comerciales mientras se ponen de acuerdo —dijo Susana—. Parece que esto los agarró con los pantalones abajo y ahora, por vez primera, no tienen una versión oficial que vendernos.

—¿Tú crees? —intervino José Rosas, el experto en cultura y religiosidad popular, que llegó corriendo a la sala de juntas y siguió de largo hasta la biblioteca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Leonardo en su papel de director del Instituto, pero no obtuvo respuesta de su investigador, quien sin hacer caso de las noticias televisadas se puso a buscar entre los libros de historia contemporánea de México un plano del centro de la capital del país.

El locutor había vuelto a enfrentarse a la audiencia e informaba con voz pausada que habría una entrevista, vía telefónica, con el doctor León Palkow, del Instituto de Física de la UNAM. La imagen que apareció a continuación mostraba un hombre de barba negra y bata blanca que miraba con seriedad a la cámara.

—Doctor Palkow, sabemos que un equipo bajo su mando está haciendo amplios rastreos entre las ruinas del centro histórico. ¿Podemos saber qué han descubierto?

El físico se llevó las manos a la cabeza y se mesó los cabellos antes de responder.

—Mire, señor Bermúdez, la Secretaria de la Defensa Nacional nos ha pedido que midamos el índice de radiación en la zona del desastre para que, en el caso de que se detectaran niveles de alto riesgo, los reportáramos de inmediato.

—¿Y cuáles han sido los niveles encontrados?

—Hay un índice de radiación de nivel medio y uniforme, lo cual es desconcertante y paradójico con respecto a cualquier situación conocida.

El locutor de la televisión se puso rígido.

—¿Lo que usted está diciendo es que hubo una explosión atómica, que esa es la causa de todo este desastre?

El doctor Polkow negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No! ¡No! Lo que yo digo es que hay presencia de un tipo de radiación difusa y constante que no se relaciona con un proceso de fisión o fusión nuclear, sino con un generador radiactivo de tipo natural. Esa es la contradicción a la que nos enfrentamos.

El locutor cerró los ojos y respiró hondo.

—Vamos por partes, doctor Polkow. ¿Podría explicarnos todo eso con palabras que podamos entender?

—Mire —dijo el doctor y se quedó callado mientras aclaraba su lenguaje para el público no especializado—, lo que hemos descubierto es que no hay indicios de un artefacto nuclear haya explotado, accidental o intencionalmente, el día de hoy.

—Bien, eso sí lo entendemos. Queda descartada esa posibilidad como causa del desastre.

—Pero hay presencia de radiación de baja intensidad, lo que implica que en la zona del Zócalo existe un reactor en funcionamiento que emite esa clase de radiación, la cual no es peligrosa para la vida humana, a menos que uno se exponga a ella por un largo período y en forma continua.

—¿Y qué es lo que no encaja en todo esto, doctor?

El científico levantó las manos como un ilusionista al que se le agotaron los trucos.

—Eso es lo que nos intriga. No hay sitio allí, en el Zócalo, para reactores de ningún tipo. No sabemos por qué tenemos una lectura semejante. No sabemos cuál es la causa de esta radiación, pero sí creemos que está vinculada con la explosión, pero desconocemos cómo y por qué. Es como... como si hubiera allí un horno de microondas gigantesco, una incubadora que emite ondas de calor inconcebible.

—Cada vez entiendo menos —dijo la Cuca, en nombre de todos los presentes.

—Y cada vez se enredan más, ¿no? —añadió Susana.

—¿Ninguna noticia sobre nuestro señor presidente, nuestro señor arzobispo y nuestra señora Quetzalcoatl? —preguntó, burlón, José Rosas, quien puso una fotocopia, tamaño doble carta, del plano oficial del centro histórico en la mesa de juntas y luego rayó aquel área que las noticias llamaban impenetrable.

—Si hay un misterio está aquí —señaló— y me corto un huevo si alguna de nuestras honorables autoridades sabe cómo resolverlo.

—¿Te queda alguno?

—¿Así nos llevamos, Cuquita?

—Ya dejen de payasear y pónganse a trabajar —dijo Leonardo con voz de jefe al que no le queda el puesto.

Nadie le hizo caso. La televisión continuó captando la atención del personal del Instituto, a pesar de que las noticias no eran más que una repetición de lo ya conocido. Susana se levantó y comenzó a pulsar botones en busca de otras estaciones que revelaran cosas nuevas.

—¿Para qué le cambias? —la sermoneó José—. En todos los canales han de estar diciendo lo mismo.

Pero el canal de la CNN parecía tener otra opinión sobre el asunto. Las imágenes mostraban escenas cotidianas del Zócalo antes de la explosión y luego la nube de humo espeso que se alzaba después de la misma. La cadena americana transmitía desde la parte más alta de la torre Latinoamericana y las cámaras mostraban, a todo color, una especie de hongo relampagueante que parecía mantenerse en estasis.

—Eso no es cosa de incendio o de bomba —exclamó José, olvidando su anterior comentario.

—¡Putra madre! ¡Ahora sí que se me cruzaron los cables! —expresó Leonardo.

Todos, instintivamente, se acercaron al televisor para intentar captar los detalles de aquella escena fantasmagórica. El periodista americano abrió los brazos y dijo en inglés:

—Esto es algo inexplicable. Los expertos aseguran que no es una explosión química o nuclear, pero que hay radiación residual de origen desconocido. Los grupos de rescate que han intentado penetrar a esta especie de neblina oscura no han regresado. Siete helicópteros, dos del ejército y cinco de la Dirección de Protección Civil, han caído, al intentar acercarse a la zona de desastre.

Un sonidista se le acercó y le entregó un fajo de papeles arrugados. El reportero se puso a leerlos.

—El gobierno de México ha creado un comité de contingencia para enfrentar el desastre. También ha solicitado a los Estados Unidos la ayuda de los satélites espías para tener imágenes reales de la zona afectada. No sé, David, si ustedes saben algo de esto.

David Limpman, el jefe de noticias de la oficina de la CNN en Washington, salió a escena. Un hombre de cabello plateado y traje azul claro.

—El Pentágono ha informado que estas fotografías de alta definición han sido enviadas al gobierno mexicano, bueno al comité de contingencia, para que se hagan una idea más clara de lo sucedido. Se nos ha informado, extraoficialmente, que nuestro gobierno ha puesto en estado de alerta amarilla al ejército. Pero esto no ha podido ser confirmado. Ahora transmitiremos el discurso pronunciado por nuestro presidente al pueblo de México en este momento de honda tragedia.

Susana cambió al canal mexicano. La imagen en pantalla parecía haber sido tomada con un filtro rojo. Una voz fuera de cámara tartamudeaba intentando explicar las líneas zigzagueantes y las manchas oscuras que no alcanzaban a adquirir coherencia y claridad.

—Esto... bueno... es posible que... lo que vemos sea... bueno... un enorme agujero o cuarteadura... ¿no?... los... los edificios... unos están intactos... ¿no?... pero puede que sólo sea... cascajo... ruinas a punto de caer... lo... raro... rarísimo, más bien... es la

ausencia de fuego... no hay... no se ve... al menos aquí... Pero de que hay una trinchera alrededor... eso sí... es bien visible... el fuego sirve... como una barrera... ¿no?... pero en el centro no hay... o más bien... no se ve... bueno... se nota... raro... sí... rarísimo... ¿no?...

—¿Qué chingados quiere decir? —protestó José—. ¿Qué no hubo explosión ni incendio? ¿Entonces qué?

Cuca se levantó como impulsada por un resorte y empezó a cerrar los cajones de su escritorio, apagó su computadora y la tapó con el plástico protector.

—Y tú, ¿a dónde vas? —preguntó Leonardo.

—A recoger a la niña con mi hermana —dijo Cuca.

—Pero todavía no es hora de salida.

—Pues tampoco es de entrada. ¿O usted ve, querido jefe, a los demás investigadores por estos rumbos? Además, ya declararon que a partir de las ocho de la noche, es decir, a las seis de aquí, empieza el toque de queda.

—Pero eso es allá, en el D.F.

Cuca cerró el cubículo sin prestar atención a su jefe.

—Si no vengo mañana, no se preocupen —fue su tardía respuesta—. Es que me gusta más mi tele que la suya.

Y sin esperar contestación, Cuca desapareció por el pasillo rumbo a la puerta exterior y las escaleras de salida.

—¿Y ahora quién va a pasar mi ponencia para el coloquio de arqueología mexicana de la UNAM? —preguntó, desconsolado, Leonardo.

Susana no pudo reprimir la risa que, de inmediato, contagió a José. Leonardo volvió a fruncir el ceño.

—¿Y a ustedes qué les pasa?

—Pero tú crees que ese coloquio se va a realizar con este desastre encima —le espetó Susana, todavía riéndose.

—Bueno, yo no sé... pero hay que estar preparados.

—Preparados deberíamos haber estado para una calamidad como ésa.

Susana dejó de reírse y se dirigió a su cubículo e hizo lo mismo que Cuca. Apagó todo y dejó bajo llave sus documentos.

—Yo también me retiro. Pero prometo venir mañana al Instituto, con o sin toque de queda.

Leonardo asintió mientras su mirada seguía fija en la pantalla. José despidió a Susana con un saludo de mano y luego se dedicó a examinar el plano del Zócalo.

Susana bajó los escalones con lentitud. Ninguna idea lograba asentarse en su mente. Era como si la imagen de la niebla hubiera quedado rondando en su cabeza, oscureciéndole el pensamiento. Puso en marcha el automóvil y salió del estacionamiento subterráneo para encontrarse con una ciudad callada, desierta, silenciosa. "Esto no es la Tijuana que conozco", pensó. Y luego, con dolor, agregó: "Ni este es el mismo país en que me desperté por la mañana".

Pocos autos y pocos sitios abiertos. En todas partes, la escasa gente que andaba en la calle se arremolinaba alrededor de un televisor prendido. Susana recordó su experiencia en Los Angeles, durante los disturbios de 1992 y, por instinto, se detuvo en una tienda abierta las 24 horas del día y compró varios garrafones de agua, comida enlatada y todas las pilas que pudo obtener con el dinero que llevaba. "Si esto se vuelve una pesadilla mayor", se dijo, "quiero estar preparada".

La calle continuaba totalmente vacía. Ni siquiera los turistas gringos hacían acto de presencia. Tijuana era un pueblo fantasma: como todo México.

Don Sebastián, el conserje del edificio de condominios, la ayudó con los paquetes de comida y las garrafas de agua pura. Cuando Susana abrió la puerta de su departamento, en el séptimo piso, descubrió la nota de Emilita, la criada, donde ésta le informaba que se había ido más temprano porque en la tele no pasaron las telenovelas, y que al día siguiente vendría a limpiar lo que faltaba.

—¿Para qué quiere tanta lata y tanta agua? —le preguntó don Sebastián al terminar de colocar los paquetes en la mesa de la cocina.

—¿Qué, no ha visto las noticias? —respondió Susana sin prestarle mucha atención.

Don Sebastián se quitó el sudor de la frente con la palma de la mano antes de ponerse la cachucha de velador.

—Las vi y las escuché. Por eso le digo, seño, que esto huele mal. Es como una plaga que está a punto de arrasar con todo y con todos.

Susana metió los paquetes a las alacenas y el estruendo del laterío no le permitió escuchar al conserje.

—¿Me dice qué?

Sebastián no le contestó. Con pasos diligentes se encaminó a la sala y abrió las cortinas. Luego se acercó al telescopio que Susana utilizaba para ver los cerros de Tijuana y San Diego, los aviones que pasaban rozando las casas de lámina y cartón desechable, las luces de los autos en la zona del Río.

—Mire qué bonito se ve todo —exclamó el viejo.

Susana apareció limpiándose las manos.

—Se lo compré a Toño, en su cumpleaños. Y cuando se fue ni siquiera pensó en llevárselo. Así son ustedes, los hombres, ¿no?

Don Sebastián dejó de ver por el telescopio y se le quedó mirando a Susana.

—Así somos. Cada día, una vieja nueva. Cada hora, un amor al que se abandona.

—¿Por qué me dijo lo que me dijo? —quiso saber Susana.

El viejo no pudo menos que sonreír y al hacerlo pareció más joven.

—¿Por qué no me invita un café y se lo explico?

El rostro de Susana enrojeció de vergüenza.

—Disculpe la descortesía —se disculpó—. Es que este día no sé dónde traigo la cabeza. Ahorita se lo hago.

El viejo volvió a ocuparse del telescopio y Susana se dedicó a trasegar en la cocina. Pronto el olor a café recién hecho se extendió por todo el departamento. Susana sirvió dos tazas y se sentó en la sala, junto al conserje. Tuvo el impulso de prender el televisor, pero no quiso volver a ser descortés con don Sebastián, que sorbía su café con evidente agrado.

—Qué mala pata tenemos los mexicanos, ¿no? —dijo Susana para iniciar la plática—: asesinatos, guerras, terremotos. Y ahora esto.

El viejo se quitó la gorra y la puso en el suelo.

—No más mala suerte que la de otros países, señor. Mi padre, por ejemplo, tuvo que huir de España para salvar su vida. Dejó atrás todo lo que tenía: mujer, casa, hijos, todas sus propiedades y riquezas, todos sus amores y querencias.

—No sabía eso —le interrumpió Susana con tono solidario.

—Son cosas de uno —dijo el viejo—. Herencias que no se divulgan para no causar pena.

—Otra metida de pata —volvió a disculparse Susana.

Don Sebastián sonrió de nuevo.

—Por eso le digo que guardar agua y comida sólo sirve en caso de una guerra civil, como la española, como la de mi padre.

—¿Y esto qué es?

El viejo dio otro sorbo a su café antes de contestarle:

—Mi padre me aseguraba que él no cayó en poder de los fascistas porque sabía siempre por dónde soplaban el aire, ¿me entiende?

—Me suena a política pura.

—No. A puro instinto de sobrevivencia.

—Explíquese ya, don Sebastián.

El conserje volvió a calarse la cachucha.

—Yo ya empaqué mis cosas. Ahorita mismo me paso al otro lado. Tengo familia allá y una hija a punto de hacerme abuelo. Hágame caso. Esto me huele a terror puro. Hay algo que no encaja. Si es un golpe de estado, no veo quiénes tienen el control ni con qué fin. ¿El ejército? ¿El partido? ¿Los Estados Unidos? No. No va por ahí el asunto. Creo, bueno, intuyo, que es algo más profundo, menos obvio. Y no quiero quedarme a descubrirlo. Como mi padre, la mejor herencia que puede darle uno a los demás es mantenerse con vida. Siga mi consejo: váyase de aquí, abandone por unos días el país. Si yo me equivoco, sólo disfruté unas buenas vacaciones con los parientes de Los Angeles o San Francisco, pero qué tal si tengo la razón, qué tal si la muerte viene volando hasta nosotros.

Susana cerró los ojos, queriendo conjurar el pánico que se filtraba entre las palabras del viejo.

—No es para tanto, don Sebastián.

—Nunca lo es hasta que ya resulta demasiado tarde. Muchos amigos de mi padre le dijeron lo mismo y ninguno vivió para decir: ya ven, yo tenía razón. Los fusilaron. Los

mataron a mansalva y ellos tan creídos de que con rendirse bastaba para salvar el pellejo. Bola de ingenuos.

El conserje se levantó con dificultad y se dirigió a la puerta de entrada.

—Gracias por el café, señor. Estuvo delicioso.

—Gracias por el consejo.

—Agradézcamelo si le sirve de algo.

El golpe de la puerta al cerrarse hizo que Susana volviera a tomar conciencia del silencio que la rodeaba. También ella se levantó y puso el telescopio en posición de ver la avenida Revolución. En vez de luces de neón, filas de autos o multitudes abigarradas sólo vio una bocaza de oscuridad, una sombra de miedo, que parecía cernirse sobre la ciudad entera, sobre el país entero.

—Debo dormir —se dijo Susana a sí misma—. Lo necesito.

A la mañana siguiente, los pasos de Emilita yendo y viniendo por la sala y el comedor la despertaron. Se levantó de un salto y se vistió lo más pronto posible.

—Buenos días, señor —dijo la criada al verla levantada

—Buenos días, Emilita —respondió, en forma automática, Susana. Y metiéndose a la regadera, abrió las llaves para descubrir un hilito de agua que escurría por las paredes antes de agotarse del todo.

—No hay agua —le avisó tardíamente Emilita —Pero le traje una cubeta de agua y una jícara para que pueda bañarse.

—¿Bañarme? ¿Con esto? —respondió Susana todavía en su papel de dama y señora.

—Pues con qué otra cosa —le espetó la criada—. La leche de burra sale muy cara. Y la de burro, pues, esos no se dejan así como así.

La risa de la criada la despertó del todo. Y sin quejarse más, Susana comenzó a darse un baño precario, "tipo francés", pensó con su sentido del humor aún intacto. El desayuno la estaba esperando. Emilita siempre sabía cómo mantenerla feliz con un desayuno abundante: huevos revueltos, queso de panela y frijoles con chorizo. Como debe ser, le decía la criada mientras quitaba o ponía la interminable fila de platos. Susana no necesitó prender la televisión. Ya Emilita lo había hecho. Pero inútilmente. Únicamente aparecían imágenes distorsionadas, ráfagas de figuras que brillaban unos pocos segundos antes de esfumarse del todo o de ser sustituidos por otras. Los gringos, por su parte, pasaban programas de concurso. Ni una sola noticia sobre la ciudad de México.

—Es un desastre —dijo Emilita desde la cocina.

Susana no supo a qué se refería: si al televisor o a la situación del país. Pero tampoco tuvo ánimos de averiguarlo.

—*Let it be*—exclamó y se levantó a cepillarse los dientes y a peinarse de nuevo.

—¿Qué quiere para la comida? —preguntó la criada.

—Lo que sea será bueno. Te dejo dinero en el tocador.

Susana se miró en el espejo y abriendo las puertas se despidió de Emilita.

—Nos vemos a las tres. Sin falta llego. Por favor no te vayas hasta que vuelva. Quién sabe cómo se va a poner todo esto.

—No se preocupe, señor. Yo aquí la aguardo.

La última imagen que captó Susana de su departamento fue a Emilita tratando de hallar, con el control automático, un canal en español donde se viera alguna telenovela. Afuera todo parecía normal pero como en un día franco, un domingo apacible, con tráfico escaso y poca gente en las calles.

Susana manejó sin pensar por las principales avenidas de Tijuana. En la radio, los locutores hablaban de que el Comité Nacional de Contingencia había desaparecido y que la nube —¿tóxica o radioactiva?— ya ocupaba todo el Distrito Federal, que el pánico era general y que la gente huía por las principales carreteras rumbo a Puebla, Cuernavaca, Veracruz o Querétaro. El número de accidentes y víctimas de los embotellamientos dejaban ya un saldo de varios miles de muertos. No había autoridades, ni siquiera el ejército, que pudieran contener a más de 15 millones de personas en fuga.

Susana se bajó de su auto en el casi desértico estacionamiento del Instituto. Sólo estaban a la vista los autos de su jefe: un Oldsmobile último modelo, y el de José Rosas, un viejo Volkswagen en proceso de convertirse en chatarra.

En la sala de juntas, el televisor, como un pequeño dios, seguía sintonizado en un canal de San Diego. La locutora informaba que el gobierno de los Estados Unidos habían cerrado su embajada en la Ciudad de México y la había trasladado a Ciudad Juárez, que el Departamento de Estado había puesto en código rojo a las Fuerzas Armadas y solicitaba a sus ciudadanos que salieran inmediatamente del país. Por último, una reportera en un *freeway* de San Antonio, Texas, pasaba imágenes de un contingente militar mecanizado que se dirigía a controlar el flujo de mexicanos en la línea fronteriza, ya que se calculaba en ciento veinte mil el número de refugiados en aquella zona. La reportera señalaba que estos refugiados eran principalmente familias de clase media y alta que ya habían saturado todos los hoteles de la ciudad. Las siguientes imágenes de multitudes eran de San Diego, California y Nogales, Arizona. El caos reinaba por toda la frontera. Y por lo que se veía, iba en aumento.

Susana pensó en don Sebastián, que tal vez en esos momentos se enfrentaba a una de esas tanquetas que aparecían en la pantalla. Impulsivamente, se adelantó para apagar el aparato cuando la voz de Leonardo a sus espaldas la detuvo.

—Déjalo ahí. Los demás canales están en blanco, o dicen lo mismo que ése.

—¿Qué nos está pasando? ¿Por qué tanta tragedia?

Leonardo la miró con detenimiento.

—Necesitamos una limpieza general, Susana.

—Lo que realmente necesitamos es un chamán que nos proteja —terció José Rosas, quien cargaba varios libros de grueso calibre.

—Ahora todo mundo se me va a volver místico o religioso de la noche a la mañana —sermoneó Leonardo—. Al paso que vamos para las noticias de la tarde van a decirme que nos están invadiendo los marcianos.

José Rosas hizo a un lado su computadora y depositó en la mesa de la sala de juntas su cargamento.

—Pues no los marcianos, pero algo parecido —respondió mientras abría los libros de par en par y extendía un acordeón de hojas tamaño carta.

—Está bien —concedió Susana, un poco intrigada—, cuéntanos tu versión de lo que está pasando allá.

—Allá y acá —precisó Leonardo—. Las repercusiones de esa misteriosa explosión o lo que sea ya son mundiales.

—Yo diría que de alcance cósmico, mis estimados colegas —añadió José Rosas y los instó a que se acercaran a ver los libros—. Esto que ven aquí son documentos indígenas precortesianos, incluyendo los libros proféticos y los relatos mitológicos de los aztecas, que no son otra cosa que versiones condensadas y propagandísticas de mitos más antiguos, mayas, olmecas o toltecas, entre ellos el del famoso sabio señor Quetzalcoatl.

—La serpiente emplumada, ¿no?

—Así es, Susana, el dios barbado que vivió entre los hombres y les transmitió, como Prometeo a los griegos, el fuego del conocimiento.

—El que se fue rumbo a occidente y prometió volver —recordó Leonardo—, y por estar esperándolo, los aztecas confundieron a Cortés y a sus hombres con él.

—Bueno sí, pero en el plano mitológico, Quetzalcoatl es un dios que vuela, pero que también puede vivir bajo tierra, lo que significa en el inframundo, en el mundo de los muertos. Y si observan este códice, verán que la figura tradicional de Quetzalcoatl está rodeada de dignatarios con cabezas de calavera. Quetzalcoatl, según mi interpretación, por causa de una guerra despiadada contra el dios Huitzilopochtli, se refugió entre los muertos para engañar a sus enemigos, pero vean aquí, en este círculo, y pueden contemplar la figura de Huitzilopochtli, dios de la guerra, que está rodeada también de calaveras. Huitzilopochtli entró al mundo de los muertos, en persecución de su rival, pero no pudo alcanzar a Quetzalcoatl y tampoco pudo escapar de allí. Quetzalcoatl se sacrificó para atrapar a su enemigo. Ahora ambos viven en el inframundo y ambos, tarde o temprano, deben reanudar las hostilidades, hasta que uno venza al otro en forma definitiva. Ambos dioses están sujetos: si se libran de las cadenas del inframundo habrán de enfrentarse de nuevo por la supremacía del universo, es decir, por el dominio de nuestras almas.

—Bonita historia. No sé por qué Hollywood no la había pensado antes: ¿se imaginan a Stallone y a Schwarzenegger en ella? —concluyó Leonardo.

—Sí, Leonardo, me los imagino —respondió Rosas—. El problema no es un mito al que nadie le ha prestado valor como realidad por quinientos años. El problema es que, en los libros proféticos, se establece que Quetzalcoatl logró mandar un mensaje del inframundo a sus seguidores en el valle de México: debían construir un templo mayor sobre la boca del inframundo para sellar cualquier escape del dios de la guerra.

—Ya veo —exclamó Leonardo, divertido—. Está explosión es el anuncio de la fuga de Huitzilopochtli del inframundo.

—No —atajó Rosas—. El descubrimiento del templo mayor hace ya dos décadas fue el primer aviso. Eso fue una fisura del sello. Porque aquí hablamos de fuerzas primigenias en acción, no de actos humanos premeditados. Para que ocurriera la explosión de ayer, tuvo que haber un cataclismo en el inframundo y específicamente en el templo Mayor, tuvo que haber sangre derramada sobre el sello.

—¿Qué les parece esto? —dijo Susana y mostró un periódico de la ciudad de México. En su encabezado a ocho columnas decía: "Sube la gasolina y la luz".

—No entiendo —farfulló Leonardo.

—No esa noticia. Esta de aquí abajo.

En la esquina inferior derecha apenas sobresalía un encabezado: "Nuevos descubrimientos en el templo Mayor".

—¿De cuando es ese diario? —preguntó Rosas.

—De hace una semana. Pero ahora vean éste. Es de hace cuatro días.

Rosas leyó otro minúsculo encabezado: "Tres trabajadores mueren en el templo Mayor".

—¿Un accidente? —preguntó Leonardo.

—Así parece —respondió Rosas—, excepto por la foto. Miren.

La fotografía mostraba una gruesa viga de apuntalamiento: rota en pedazos, que había horadado una pared. A un lado se veía el cuerpo de un muchacho. Una varilla corrugada había atravesado su pecho, en el sitio exacto de su corazón.

—Sangre derramada —dijo Susana—. ¿Por qué niegas lo del accidente, José?

—Porque creo que lo que yo he interpretado, otros también lo han hecho. Creo que Huitzilopochtli también tiene aquí, en nuestro mundo, una legión de seguidores que por quinientos años han buscado la manera de que vuelva a reinar sobre nosotros.

—Vamos, qué sea menos —acotó Leonardo.

—¿Ven la pared horadada en la foto? —preguntó Rosas.

—La vemos —respondió Susana.

—¿Ven los caracteres que están en la parte superior de la misma?

—Ajá.

—Es nahuatl y dicen: *No toques lo que no te pertenece. No entres donde no te llaman. Malditos los que no atiendan nuestros ruegos. Esta es la casa de los muertos. Esta es la puerta sacramental. La que se abre a Tlalín, el reino de las tinieblas, el recinto de la oscuridad que sangra.*

—La puerta al inframundo, dices.

—Así es, jefe.

—Sigo sin tragarme tu historia, pero... —reflexionó Leonardo.

—¿Pero qué? —quiso saber Susana

—Ya me pusiste la carne de gallina.

—¿Y Quetzalcoatl? ¿También va a escapar?

—No lo sé, Susana. Nos falta información sobre estos mitos.

—¿Y los seguidores de Quetzalcoatl? ¿Dónde están que no hacen nada?

—Lo ignoro, Leonardo. Como también ignoro quiénes sean los seguidores de Huitzilopochtli. Supongo que, como en todos los imperios, y el azteca no era la excepción, había quienes apoyaban la guerras de conquista y vasallaje y quienes se

resistían al uso de la violencia con sus semejantes. Unos amaban la armas, otros el conocimiento. Unos destinaban sus vidas al combate y otros a observar el paso de los astros, las propiedades curativas de las plantas, los cambios de la naturaleza.

—Entonces estamos fritos —expresó Leonardo—, porque según tú los seguidores de Quetzalcoatl son los ecologistas, los científicos, los *greenpeace*. Esas no van a poder hacer frente a las huestes de Huitzilopochtli

—Eso no lo sé —reconoció Rosas—. Pero tengo la ligera sospecha de que los hijos o herederos de Quetzalcoatl son las víctimas de siempre, los marginados del mundo entero.

—¿Y tú qué dices, Susana? ¿Estás de acuerdo con nuestro mitotero ?

Pero Susana no prestaba ya atención a la conversación entre sus colegas. Las imágenes del televisor habían vuelto a hipnotizarla.

—¿Ya vieron? —preguntó con un hilito de voz.

Leonardo y José Rosas se acercaron a la pantalla y quedaron igualmente mudos. Era la CNN de nuevo. Era la ciudad de México de nuevo. Era el horror acrecentado: imágenes de satélites mezcladas con escenas de Puebla, Cuernavaca, Tepoztlán. Marejadas de gente huyendo, atropellándose, cayendo encima unas de otras, gritando, retorciéndose, golpeándose entre sí en un vano intento por escapar.

—¿De qué huyen? —preguntó, finalmente, Susana.

—De eso —respondió Leonardo y puso su mano sobre la imagen de una nube relampagueante que se alzaba sobre el horizonte.

—¿Y qué es eso? —volvió a la carga Susana.

—Eso es Huitzilopochtli revivido.

—Vamos, José, que sea menos.

—Súbele el volumen. Allí está un locutor tambaleándose —gritó Susana.

Leonardo aumentó el volumen.

—Nada parece contener esta diáspora humana, incontrolable. Todos huyen sin saber por qué. Bueno, no todos. Con nosotros tenemos a doña Panchita, una india nahuatl, que viene a decirnos lo que vio allá, en la ciudad de México.

En la pantalla apareció una mujer gordita, morena y de ojos vivaces. No parecía asustada. En cuanto tuvo a su alcance el microfono lo tomó entre las manos y empezó a recitar, a una velocidad inaudita, una serie de frases en nahuatl. El reportero tardó en poder quitarle el micrófono.

—¿Qué dijo? —Susana volteó con José, que estaba lívido, esperando una traducción casi simultánea.

—No me lo van a creer. Ni yo mismo lo creo.

—¿Qué acaba de decirnos, doña Panchita? —interrogó el reportero, todo confundido.

—Que todos vamos a morir a menos que nuestro señor Quetzalcoatl y nuestra señora Tonantzin vengan en nuestro auxilio —respondió la mujer.

—¿Qué está pasando allá, en el D. F.? —insistió el reportero.

—La guadaña de la muerte ha llegado. El Innombrable está de nuevo entre nosotros y exige el tributo que cree es suyo, tributo de dolor y de sangre, tributo de muerte.

—¿De qué está hablando, doña Panchita?

—De eso hablo.

La cámara giró para mostrar lo que señalaba la mujer. Esta vez la nube de relámpagos había desaparecido. En su lugar aparecía el contorno de un rostro gesticulante en medio de una nube negra, una figura que extendía sus brazos como tentáculos y los lanzaba con celeridad en todas direcciones.

—Pero... esto.. debe ser una alucinación colectiva —balbuceó el reportero, antes de ser atravesado por una espada flamígera.

Abruptamente, la señal se cortó. Segundos después la transmisión regresó, pero esta vez desde las oficinas de la CNN en Washington, donde el locutor informó que una nueva tragedia acababa de sumarse a las ya conocidas: el Popocatepetl había hecho erupción y había sepultado en fuego y en cenizas al equipo de reporteros que estaba transmitiendo desde México.

Leonardo se levantó de un salto.

—Está bien, te creo —dijo y se puso la chaqueta—. Yo me voy de aquí, me marcho a Timbuctú o al Polo Norte. De loco me quedo a ver qué desgracia sigue. Al rato tu Huitzi-lo-que-sea termina apoderándose hasta de la avenida Revolución. Prefiero poner pies en polvorosa.

—Mejor aquí huyó que aquí quedó —remató José Rosas.

—Como tu señor Quetzalcoatl, ¿no? Que no se aparece por ninguna parte. Tal vez quedó escamado desde el último pleito en el inframundo.

—Yo me quedo aquí, si no te molesta —respondió Rosas.

Leonardo tomó su cartera con documentos y las llaves de su carro.

—Les deseo lo mejor. Pero no quiero ser una estadística más en la bola de fuego que está por llegar. Chao.

Susana tomó su maceta de nochebuena y su bolsa.

—¿Tú también te marchas?

—Sí, José, pero no a Timbuctú, como Leonardo. Me voy a casa. Aquí no hay nada más que hacer.

José Rosas la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Te voy a extrañar.

—Yo también.

—Cuídate mucho.

—Lo intentaré.

Susana abrió la puerta, dispuesta a salir y enfrentar un mundo que ya no reconocía como suyo.

—Una cosa más —dijo.

—¿Qué?

—Sé que tú eres gente de Quetzalcoatl. Y sé, también, que no todo está perdido.

José sonrió al oír sus palabras.

—Gracias por el cumplido. Pero buen trabajo que me echas encima.

—Confío en ti.

—Lo mismo digo. Recuerda: la libertad consiste en poder elegir, en la capacidad para escoger qué clase de persona quieres ser.

Susana puso en marcha el auto y volvió a contemplar su Tijuana querida, la costa oeste mexicana. En la radio las mismas, terribles noticias. Prefirió poner su cassette favorito: *Donovan. Greatest Hits*. Sí, eso la calmaría. La voz del trovador inglés la reanimó: *yes, Susan on the west coast waiting*. "Pero qué", se dijo Susana, "esperando qué cosas, aguardando qué". Un viento cálido soplaba de las costas. "Me gustaría andar en Playas o en Rosarito, pensó. ¿Y por qué no ir ahora mismo? Después de todo, ya soy libre, completamente libre. El México en que nací, en el que crecí, ya no existe. Y si esto va a ser un campo de batalla, ya sé cuál es mi bando". Una sonrisa iluminó su rostro. Susana, on the west coast, había dejado de esperar.

Don Sebastián paseaba de un extremo al otro del pasillo. El hospital de San Luis Obispo, California, estaba a su máxima capacidad. Oleadas de refugiados acampaban en las afueras. Y cientos de hombres, niños y mujeres recibían atención médica. Entre ellos su hija, Mercedes, la emigrada, que estaba a punto de dar a luz. Gemelos, le acababan de detectar los doctores. Y para colmo, sietemesinos.

Don Sebastián, nervioso, mandó a su yerno por unas mantas y cobertores a la casa. Seguramente pasarían en el hospital del condado toda la noche. Por eso, cuando salió el médico al pasillo, era el único familiar a mano.

—Do you speak english? —preguntó el médico.

—No —respondió Sebastián.

—Bueno, yo hablo español... un poco.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Todo está bien?

—Mire, señor, su hija bien. Todo parto bien. Pero los niños, los recién nacidos ¿Cómo decirle?

Don Sebastián pensó lo peor.

—¿Están en malas condiciones? ¿Qué les pasa? Vamos, dígamelo.

—Inexpi... inexplico....inexplicable. Eso es.

Don Sebastián sintió que estaban a punto de darle el pésame.

—¿Murieron? ¿Eso quiere decir?

El médico se secó el sudor de la frente y por primera vez don Sebastián se compadeció de él. "Las presiones de trabajo que debe estar soportando", pensó. El doctor en cambio, puso su mano en el hombro del viejo español y lo condujo a la sala de cunas. Allí estaban sus nietos: un niño y una niña. Morenos como su padre y con ojos azules y pelirrojos como él y su hija Mercedes.

—Yo los veo bien —exclamó, orgulloso.

—Yo también. Pero mire aquí.

Don Sebastián vió una tabla junto a los cuneros: en ella estaban puestos los datos de ambos niños al nacimiento. Peso: 2.800 kilogramos ambos. Tamaño 47 centímetros.

—Todo normal, ¿no?

—Sí. Estos datos son de hace una hora. Acaban de volver a tomarlos. Y ahora su peso ser de 6.400 kilogramos y ya miden 97 centímetros. Y eso que ser sietemesinos. No entender.

—Yo tampoco —dijo don Sebastián.

—Lamentablemente, nuestro laboratorio está al tope. No puede tomar muestras ahora. Más tarde, sí.

—¿Muestras?

—Para ver por qué están creciendo así, tan rápido. *It's amazing.*

Una enfermera entró y le habló al oído al médico.

—Más trabajo, amigo. Aquí lo dejo. Luego puede pasar a ver su hija. Bye, bye.

Don Sebastián se quedó mirando a sus nietos y comenzó a sentirse nervioso. Algo estaba fuera de lugar, pero no sabía qué. El niño volteó a verlo y sus ojos parecían estar enfocándolo perfectamente.

—Hola, abuelo —dijo el niño y se enderezó.

Don Sebastián retrocedió, asustado.

—Hola, abuelo —dijo la niña e hizo lo mismo que su gemelo.

—¿Cómo pueden...hacer eso? —balbuceó don Sebastián.

—¿Hablar? ¿Razonar? ¿Sentarnos?

—Sí, eso.

—Eres un hombre afortunado —dijo el niño—. La historia hablará de ti por los siglos de los siglos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, confundido, el viejo español.

—Yo soy tu nieta. Soy Tonantzin. Y me gustan las flores.

Y abriendo sus brazos, pétalos de rosas cayeron al piso, salidas de ninguna parte: brillantes como estrellas.

—Y yo soy tu nieto. Soy Quetzalcoatl, el constructor de los mundos, el apaciguador de las tempestades.

Y mientras lo iba diciendo, Quetzalcoatl niño se volvió un adolescente, mientras Tonantzin hacía lo mismo. Don Sebastián tuvo que sentarse en el suelo, pero el mundo seguía dándole vueltas. Sentía que estaba a punto de estallarle la cabeza, que esos nietos suyos le exigían cosas imposibles de entender, de comprender.

—¿Qué hacen? ¿Por qué no se quedan niños? —exclamó.

—Primero debemos cumplir con nuestro deber, abuelo —respondió Tonantzin por ambos.

—¿Y cuál es su deber?

—Curar el mundo, evitar que la violencia crezca. Dar esperanza en tiempos oscuros — contestó Quetzalcoatl.

—Huitzilopochtli tiene hambre de seres humanos —añadió Tonantzin—. Y no podemos permitir que triunfe. El hombre es buena semilla, siempre logra regenerarse. Nosotros sólo somos el agua que necesita, la tierra fértil.

Don Sebastián los vio crecer y crecer. Antes de marcharse, Tonantzin le dio un beso y le regaló un ramo de rosas blancas.

—No temas —le dijo—. Ahora soy tu madre. Estoy aquí para protegerte a ti, para velar por mi pueblo.

Quetzalcoatl también lo besó antes de partir y le dijo:

—Volveremos, no te preocupes. Y seremos tus nietos y tus niños. Ya verás.

Luego todo estalló en luz.

Susana tiró la última cerveza Tecate al bote de basura y se quedó observando las olas que golpeaban contra la playa. De pronto sintió una energía nueva, un llamado.

—Vamos, floja —se dijo a sí misma y en voz alta—, ya están aquí, ya llegaron. Es hora de dar la cara.

Y levantándose de la arena, se encaminó al auto. El sol aún ardía, tenaz, en el ambiente. Pero ahora había una nueva canción allá, al fondo, en el escenario fantasmagórico del mundo.

—¡Quetzalcoatl ha regresado! —gritó Susana a todo pulmón, feliz de estar viva, mientras aceleraba su auto por el paseo costero.

—Vamos, ¿y yo qué? —le preguntó, desde el asiento de a lado, su nueva, inesperada acompañante: una muchacha morena, pelirroja, y de ojos azules.

—¿Y tú de dónde sales? —inquirió Susana a la que ya ningún prodigio la sorprendía demasiado.

—Soy Tonantzin, tu hermana.

—Pues yo soy Susana.

—Lo sé —dijo Tonantzin—. He oído hablar de ti.

—¿Dónde? ¿Con quién?

—Luego, hermana, luego, cuando la batalla concluya, te contaré lo que quieras.

—¿La batalla?

Tonantzin señaló rumbo al sur, donde ya comenzaba a perfilarse una nube relampagueante.

—Cuando la batalla termine, todo será tan claro como el agua.

—Eso sería si ganamos. ¿Y si no?

Tonantzin sonrió.

—Entonces todo será tan turbio como la sangre, tan espeso como la muerte.

—¿Qué crees que vaya a pasar?

—¿Me pides que te diga el futuro?

—Sí.

Tonantzin sacó la cabeza por la ventanilla del auto y dejó que sus trenzas volaran, que estrellas diminutas girarán alrededor de su cabeza.

—Nada está escrito —dijo, excepto la esperanza.

—Creo que estoy medio borracha —aclaró Susana— y que todo esto es una alucinación.

—No te preocupes —la tranquilizó la diosa madre—. Ahora viene lo peor. La hora del fin y del comienzo.

Gabriel Trujillo Muñoz

Gabriel Trujillo Muñoz es uno de los escritores más prolíficos y consistentes de su generación. Nació en 1958 en Mexicali y ha publicado más de una veintena de libros que abarcan poesía, ensayo, cuento, crónica y periodismo cultural. Como narrador, destaca en el género de ciencia ficción con su libro de cuentos *Miriada* (1991) y su novela *Mezquite Road* (1995). Gabriel piensa que la ciencia ficción es: "Una narrativa que toma en cuenta el saber científico para la elaboración de propuestas imaginativas que pregonen los problemas inherentes a la condición humana cuando ésta se ve enfrentada a cambios y rupturas en todos los órdenes de existencia". Axxon le publicó "Hominia" en el # 144.

Axxón 146 - Enero de 2005

HISTORIA DEL CINE CIBERPUNK.

(Capítulo 23)

EVE OF DESTRUCTION. CYBERNATOR

En 1991, poco después del estreno del filme *Terminator 2*, el mercado se vió inundado de golpe por películas serie B, repletas de cyborgs asesinos, realizadas al por mayor, con un mínimo de recursos técnicos y pésimos guiones.



Un ejemplo de este tipo de film es *Eve of Destruction*, del director Duncan Gibbins, acerca de un proyecto militar que se sale de control (como ven, es muy original) En este caso, como luego aparecería en *Terminator 3*, ellos han desarrollado un increíble androide de tipo femenino que puede, por su parecido exterior, replicar a un ser humano.

Además de poseer un exoesqueleto de cyborg muy sofisticado (similar a Terminator), ellos han programado el androide llamado “Eve” con recuerdos de su creador, la Dra. Eve Simmons (Renée Soutendijk). En Eve se mezclan una fuerza increíble, una armadura terrorífica, grandes habilidades para la lucha, y hasta una ojiva termonuclear empotrada dentro de su cuerpo. Por desgracia, durante el período

de pruebas, ella recibe un disparo accidental durante un robo al banco. Este disparo afecta su memoria y programación y la saca fuera de control. Después de matar al ladrón del banco, ella toma sus armas. Para detenerla, el ejército trae a su mejor hombre, Gregory Hines, un tipo de policía de tropas especiales. Hines tiene que trabajar con el creador de Eve, la Dra. Simmons para detener este androide antes de que explote todo un bloque de edificios de la ciudad. Las actuaciones de Gregory Hines y Renée Soutendijk, son bastante decentes. De todas formas no logran salvar un guión que ya era bastante pobre desde su inicio.

Cybernator, también de 1991, del director Robert Rundle, es la mejor demostración de como se puede hacer una película cyberpunk sin gastarse un centavo. ¡Eso no es ningún problema! Con tal de que uno tenga una cámara de video casera, alguna pintura azul y unas polyespumas o mangueras de caucho en el garaje, ya podemos intentar filmar nuestra propia película cyberpunk. Una advertencia - A lo mejor hay que gastarse unos pocos dólares en una tienda de juguetes para conseguir algunas armas que parezcan realistas. *Cybernator* es un ejemplo de lo más bajo que se ha hecho en cine cyberpunk. De todas formas, no hay que preocuparse. Si un día nos cae en la programación de televisión esta película, no vamos a sufrir imaginándonos lo que sucederá en la próxima escena. Realmente es uno de esos filmes tan, pero tan malos, que al final resulta cine bueno. ¿No lo crees? Pues lee lo que sigue..

La película comienza en un club de strip-tease (un almacén con un escenario hecho de papel de cartón negro brillante con estrellas grabadas en él), donde el policía Brent McCord (Lonnie Schuyler) viene con su compañero a ver a su novia (la mujer que hace strip-tease). Desgraciadamente, algunos cyborgs malos han venido a matar a un Senador americano que simplemente esta teniendo sexo en un cuarto en la parte de atrás (paredes de concreto, suelo del almacén, etc.). Después que los cyborgs malos asesinan al senador, deciden seguir con el alboroto matando al azar a otra gente. Por supuesto, nuestro gran policía puede eliminarlos, aunque los cyborgs tienen armas de rayos láser. El Depósito de cadáveres parece una oficina. Allí se encuentra una doctora (quién realmente parece estar intentando actuar - uno de los pocos) que recién ha completado su autopsia en los dos cyborgs. Ella declara del cyborg duro, “Está cubierto con una aleación de titanio y acero casi indestructible. Fue muerto cuando la bala entró en el corazón...”



¿Hum...indestructible? ¿Pero puede matarse con una bala a través del corazón? Hum... De cualquier forma, la doctora del depósito de cadáveres está aparentemente bien versada identificando cyborgs militares, y proclama que estos son “propiedad gubernamental, posiblemente del ejército o algo.” Nuestros detectives intrépidos se dirigen entonces al edificio del ejército local. Van derecho, por supuesto, a la oficina del General que es exactamente igual a la oficina del doctor, pero ya los cuerpos han sido alejados, y una bandera y el cuadro de un astronauta están montados en la pared. Si todavía esto no lo convence, el escritorio del General tiene dos banderas americanas y un tanque de juguete. Ya uno está a punto de creérselo cuando de pronto, en uno de los planos, la cámara vira demasiado alto y vemos que el techo de la oficina del general ha desaparecido, y que estamos en el mismo almacén donde estaba la barra del club de strip-tease. En todo caso, mientras los policías están “interrogando” al general, (quién intenta confundirlos proclamando que los marines son los que están trabajando en ese proyecto, no el Ejército), entra de pronto un científico y anuncia, “Este es el nuevo diseño del Blackhawk 2000 proyect.” Después que el General rápidamente bota a puntapiés al científico, nosotros averiguamos que el Blackhawk 2000 proyect es secreto “¡clasificado!” Pues sí, señores, de escenas como esa está permeada la película. Desgraciadamente, el Cybernet asesina al ayudante y socio de nuestro detective, así que este decide sustituirlo por su novia, la bailarina de strip-tease. Cuando la escena continúa, nosotros descubrimos que el Coronel (actuado por un actor de serie B real - William Smith) es quién está detrás de los cyborgs. ¡Y lo que es peor, nuestro estimado policía también es un cyborg oculto! Por fin llegamos a la batalla épica entre los dos Blackhawk 2000 Cyborgs - el Cybernet y nuestro detective de policía, Brent. ¿Creen que por lo menos veremos una batalla épica, tradicional, entre dos cyborgs con superpoderes? ¡Pues no! ¿Se acuerdan del cyborg azul malo con los tubos pequeños raros que le salían de la cabeza y se le balanceaban en el aire? ¡Correcto, ya lo adivinaste - Brent apenas tiene que sacarle los tubos y el malo se muere. Así de fácil. Verdadera locura en acción, señoras y señores. ¡Pero

esperen! ¡Todavía hay más! De pronto nos enteramos que el Coronel malo es...ta, ta, tá...¡el hermano de Brent! ¿Por qué ese giro en la escena? No hay ninguna razón en particular, No importa, porque en vez de un starwarsico ¡Nooooo!, Brent le responde “your not my fuckin brother! No te voy a revelar el final, solo que es tan bueno como el resto de la película. Raramente encontraremos acción y diálogos de este calibre. Todavía Cybernator califica como un “Tan malo es bueno” y los ¿actores? tratan de seguir el guión, sin improvisar (eso espero) ¡Así que si quieres ver el peor cine cyberpunk, pues embúllate y hazla tú mismo con un grupo de amigos y disfrútalo!

